

ACOSTA PRIETO, Héctor. 1999. *Locura, pasión y poder. La lucha por la silla arzobispal de Caracas (1900-1903)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Comisión de Estudios de Postgrado.

PEÑALVER, Rubén. 2000. *La obra de Monseñor Pietropaoli. En el marco del proceso de Restauración de la Iglesia católica venezolana (1913-1917)*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

Una nueva generación de investigadores está surgiendo dentro de la historia de la Iglesia en Venezuela. Se trata de un relevo con características muy particulares que por su formación, intereses y enfoques metodológicos le auguran a esta temática, tradicionalmente restringida a la acuciosidad de algunos sacerdotes con vocación de historiadores y a los *pensa* de los centros de formación para religiosos, un promisorio futuro dentro del espectro general de las ciencias sociales en el país; sobre todo si los vemos en la perspectiva de lo que ha venido siendo la especialidad hasta el momento. Vale la pena, entonces, iniciar esta reseña con un breve recorrido por este campo.

La historia de la Iglesia como disciplina surgió en Venezuela a mediados del siglo XIX, si descontamos las crónicas coloniales. A partir de allí, gracias a un gran esfuerzo que si bien no fue coordinado ni sistematizado, a la larga resultó muy prolijo por parte de sacerdotes preocupados por el problema, logrando convertirse en la única historia institucional venezolana más o menos bien estudiada. Obviamente, la calidad de estos trabajos fue muy irregular (aunque hay que admitir que los más emblemáticos tienden a tener un alto nivel), pero en conjunto encierran suficientes aspectos comunes como para constituir toda una escuela a la que podríamos llamar, tomando una categoría desarrollada por otros estudiosos para nuestra historiografía en términos generales, como la *Historia Tradicional* de la Iglesia en Venezuela.

Es decir, una historiografía que siguió los lineamientos globales del resto de la que se producía en el país entonces. Su tema por excelencia fue la política (sobre todo las relaciones Iglesia-Estado, el gran problema del clero en aquel tiempo) o la vida y obra de sus grandes personajes, en este caso los prelados. A lo que hay que sumar que por su doble naturaleza de ser a la vez un capítulo de la historia de Venezuela como uno de la historia de la Iglesia universal, estaba también, aunque en menor grado, subordinada a ésta. De lo cual tomará otro aspecto, acaso de sus más distintivos: su visión absolutamente eclesiocéntrica del problema. La idea de que la Iglesia y el mundo están separados, que sólo en ella se halla la salvación, que en consecuencia siempre la asiste la razón, que sus representantes invariable-

mente son santos, se siente a lo largo de sus páginas. Por si fuera poco, su *corpus mayor* (para también tomar prestada otra categoría de nuestros estudios historiográficos) estuvo formado por quienes fueron las mejores cabezas (y plumas) de la Iglesia durante el período: los monseñores Mariano de Talavera, Nicolás Eugenio Navarro y José Humberto Quintero, lo que desde el principio nos da pistas sobre su carácter institucional, cuando no francamente *oficial*.

Su *corpus menor*, por otro lado, lo constituyen innumerables trabajos puntuales sobre la vida de sacerdotes ilustres, templos, diócesis, artículos de prensa y folletos que recogían la multitud de piezas oratorias que constituyeron tal vez lo mayor de la producción intelectual venezolana en el siglo XIX. Hombres como Teófilo Rodríguez, Juan Bautista Castro, Felipe Larrazábal, Eugenio Méndez y Mendoza, José Félix Blanco, José Manuel Núñez Ponte y muchos más figuran entre sus autores. Todos ellos, sin embargo, respondieron en espíritu a los estudios del corpus mayor, llegando en algunas ocasiones a ser simplemente sus glosadores.

Esta situación, sin embargo, empezó a cambiar hacia la década de 1970. A partir de entonces se inicia una profunda revisión de la historia eclesiástica desde dos vías: una, surgida del seno mismo de la institución, a través de las nuevas coordenadas que señaló la Teología de la Liberación, con su visión extremadamente crítica de la institución eclesiástica hasta el momento; y la otra llegada desde afuera, cuando los historiadores profesionales empiezan a analizar el problema en el plano de sus relaciones con el resto de la sociedad. Pronto, además, empezará a haber una combinación de las dos vertientes cuando con el surgimiento de sacerdotes con formación profesional —a pregrado y/o postgrado— de historiadores, como son los casos de Hermann González Oropeza, José del Rey Fajardo, Baltazar Porras, José Virtuoso y otros más.

El Centro Gumilla, formado por entonces jóvenes jesuitas en Caracas, inicia la revisión más radical desde el plano teológico a partir de 1970. Ahora a la Iglesia hay que medirla desde sus proyectos pastorales; señalar sin rubor cómo ha cambiado su visión de sí misma y su visión de la sociedad a través del tiempo. Cómo ha cometido errores, sin desconocer sus éxitos y virtudes. En sus folletos de divulgación masiva, en la revista *Sic* y en sus estudios entrarán estas nuevas concepciones. Paralelamente, otro jesuita, el ya nombrado Padre Hermann González, profesor de Historia de la Iglesia en el Seminario de Caracas, fundador allí del Centro de Investigaciones de Historia Eclesiástica de Venezuela (CIHEV) y del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica Andrés Bello, crea toda una escuela. Él mismo redacta trabajos que ya son clásicos —sobre todo su compilación de documentos *Iglesia y Estado en Venezuela*, aparecida en 1973— y promueve

a muchos otros estudiosos. El *Boletín del CIHEV* es, al respecto, una fuente insustituible. Alumnos suyos, sacerdotes de la siguiente generación, como Baltazar Porras y José Virtuoso, darán cuenta del valor de su obra.

Del mismo modo, y dentro de todo este proceso, en 1975 aparece otro estudio fundamental: la *Historia Político-Eclesiástica de Venezuela (1830-1847)*, editada por la Academia Nacional de la Historia en dos volúmenes, del padre Gustavo Ocando Yamarte. En conjunto, éste y los otros trabajos citados, son monografías metodológicamente solventes, basadas en fuentes primarias y tratadas con un rigor crítico profesional. Gracias a esto, para 1980 ya la visión general del devenir histórico de la Iglesia venezolana había sufrido una importante transformación en el seno de su mismo clero.

Entre tanto, en la escuelas de historia de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad de Los Andes, el uso cotidiano de los ricos archivos eclesiásticos, pone en contacto a los laicos con el mundo eclesiástico. Sobre todo quienes hacen historia local y regional se acostumbran a las matrículas parroquiales o a los informes de los obispos —Mariano Martí sobre todos— como herramientas básicas de trabajo. Descubren hasta qué punto la situación de *catolicidad* en la que vivió Venezuela por tres siglos —precisamente los fundacionales— dejó entonces (y siguió dejando después) una impronta insoslayable para quien quiera comprender al país. Un estudio regional de historia económica y social, por ejemplo, la ya hoy clásica *La Obra Pía de Chuao*, editada por la UCV en 1968 y que reunió a D.F. Maza Zavala, Ramón Tovar y Federico Brito Figueroa, demostró la necesidad de, al menos, saber qué es una obra pía; y reveló de paso la necesidad de hurgar en los documentos eclesiásticos para la correcta comprensión histórica del país, sobre todo su historia colonial, entonces tan en boga.

En consecuencia, Ermila Troconis de Veracoechea publica poco después tres trabajos sobre el tema: *Las obras pías en la Iglesia colonial venezolana* (Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1971), *La función financiera de la Iglesia colonial venezolana* (Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1978) y *Los censos en la Iglesia colonial venezolana* (Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1982). Con el crecimiento de la historia regional en la década de 1980 y de la historia de las mentalidades en la década del 90, este acercamiento a los archivos eclesiásticos, con su subsecuente estudio del derecho canónico y de los anales eclesiásticos, no hizo sino aumentar.

Por ello nada tiene de extraño que algunos historiadores se hayan fijado en la historia de la Iglesia como institución propiamente dicha. Tal es el caso del profesor Héctor Acosta Prietro, investigador del Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la UCV, donde también cursó estudios. Su *Locura, pasión y poder: la lucha por la silla arzobispal de Caracas (1900-1903)* es, entonces, el fruto de su esfuerzo de años en el estudio de la Iglesia

venezolana durante el siglo XX, y acaso uno de los más interesantes que hemos consultado, tanto por su visión del problema, como por su calidad metodológica.

Así, aunque en realidad se trata de un tema manido, tanto en términos generales como en su especificidad, el replanteamiento que hace del mismo le otorga suficientes credenciales de originalidad como para que sea atendido con cuidado. Estudia un episodio de las relaciones Iglesia-Estado, que como hemos visto ha sido tema tradicional de la disciplina; y de paso uno ya estudiado por el Cardenal Quintero: el del problema en la sucesión del arzobispado de Caracas y Venezuela surgido a raíz de la dolencia mental del arzobispo Crispulo Uzcátegui, cuando el Vicario Apostólico Juan Bautista Castro, que se consideraba con derecho automático a suceder a Uzcátegui, se enfrenta en medio de un gigantesco pleito y un todavía mayor escándalo al Cabildo Metropolitano, que apostaba a otro prelado, el padre Ricardo Arteaga; todo esto aderezado con la permanente intervención del gobierno, primero a favor y luego en contra de Castro.

Pero hay cuatro cosas por las cuales esta monografía adquiere una originalidad y peso específico muy importantes: el haber sido construida sobre una rigurosa y extensísima recopilación de fuentes primarias, en la que lo ayudó la Lic. Jeannette Rodríguez, y cuyo solo inventario ya es un aporte valioso en sí mismo; el mantener una postura extremadamente crítica hacia el arzobispo Juan Bautista Castro, normalmente presentado como “el bueno” de ésta y todas las historias de las que fue partícipe, lo que le da un visor interesante al problema; el develar en consecuencia los intrínquilis de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, los problemas que estaban siempre al fondo y que despistados por la retórica oficial de liberales y sacerdotes hemos tendido a obviar; y, finalmente, la solidez metodológica del trabajo.

Empecemos por esto último, ya que, en alguna medida, encierra todo lo bueno y todas las limitaciones del estudio. El trabajo es “ejemplar”, en el sentido cervantino de la palabra. O sea, un ejemplo de lo que debe ser una buena monografía y de los alcances que son lícitos esperar de ella. Desde la misma introducción, tan clara y precisa sobre los objetivos, la metodología seguida, las fuentes consultadas, los avatares de la investigación y lo que se logró con todo esto, se ve este afán por seguir lo que en las cátedras de método se estudia en la Escuela de Historia. Llama la atención el uso del modelo APA, a nuestro juicio tan incómodo en estos trabajos, al citar. El equilibrio de los capítulos en su número y extensión. El no decir nada sin el respaldo de la consiguiente cita de una fuente primaria (también sorprende la ausencia prácticamente total de citas de fuentes secundarias, incluso de clásicos casi testimoniales, como el del Cardenal Quintero). El comedimiento en los análisis. La organización de las fuentes. Todo eso que podrá parecer



más o menos baladí, pero que no lo es, sobre todo para quien se inicia en estas lides y debe guiarse aún por la cartilla al escribir, llama la atención. Y es allí adonde queremos ir cuando señalamos lo "ejemplar" de su trabajo: pudiera ser objeto de lectura para los estudiantes de la Escuela de Historia, para que vean cómo se escribe una monografía.

Pero todo esto también vale para sus limitaciones. El reverso de la metodología, sobre todo cuando es tan rigurosa, es que a veces se convierte en un corsé; y en cuanto tal, le da una buena figura a los estudios vistos de lejos, pero de más cerca demuestra que no los deja "moverse" bien: los asfixia en su rigurosidad. Acosta es un historiador que analiza los hechos y es crítico, incluso mucho, pero que se ciñe tanto al testimonio de la fuente, que parece tener problemas para trascender el círculo de esos mismos hechos y ver las cosas en una perspectiva más amplia. Esto, claro, es mejor a aquellos historiadores que con dos o tres datos tomados más o menos al azar se lanzan a hacer visiones estructurales. Pero Acosta, con el manejo impresionante de fuentes que hizo, pudo haberse puesto en un punto medio, entre la sequedad rankeana y la imaginación florida de los viejos marxistas. Sus conclusiones, por ejemplo, se quedan demasiado cortas para el aliento general del trabajo. Este es su único aspecto metodológico que presenta fisuras. Son tan escuetas, que en realidad no parecen concluir nada, sino resumir en una frase cada capítulo. Eso sorprende porque Acosta mismo llega a lo largo del estudio a conclusiones originales y agudas, que al final parece desechar en pos de hacer un resumen del mismo.

Una de estas conclusiones es la "desmistificación" de Juan Bautista Castro, que nos parece interesante aunque tal vez, algo exagerada a nuestro juicio. La figura de este prelado es portentosa: gran luchador por la restauración de la Iglesia en Venezuela, obtuvo suficientes éxitos como para pasar a la historia como un triunfador. Además, su estatura intelectual fue tan alta, sobre todo comparada con la del resto del clero contemporáneo; su labor en la cátedra, en el púlpito, en la redacción de periódicos, de libros, de folletos, tan variada como eficaz; su trabajo como organizador y líder de una recuperación impresionante de la Iglesia; como gran y eficiente negociador ante el Estado, aún entonces poseso de claros resabios anticlericalistas. Todo esto, evidentemente, desarma cualquier ensayo de crítica a su figura. Además, los sacerdotes que escribieron después sobre él, no le regatearon admiración: al fin y al cabo se formaron y ascendieron en una Iglesia dominada por su figura y agradecida de sus éxitos; y los que no entramos en esa categoría, leímos a aquellos sacerdotes. Con Acosta, sin embargo, vemos a un Juan Bautista Castro con claras ambiciones de poder, un viejo lobo curtido en los laberintos del poder y sus intrigas, dispuesto a hacer las presiones e intrigas necesarias para lograr sus cometidos; a adelantar las

interpretaciones que le sean más favorables del derecho canónico, aún al costo de forzarlas no pocas veces; a ampararse en sus grandes contactos en el mundo político y en la sociedad; a adelantar severas, violentas campañas contra sus adversarios. A, inclusive, hacer pequeñas trampas.

Por todo esto, a trechos se percibe una cierta antipatía de Acosta por Monseñor Castro y sus maniobras, aunque se cuida, claro está, de no tomar partido. Tal vez hubiera querido hallar un santo dulzón, de cromo, donde encontró a un hombre recio, casi endurecido; a un líder sagaz (¿y quién dice, de paso, que los santos varones no pueden ser hombres de armas tomar?), porque hacia allí apuntan muchas de sus críticas. En consecuencia hay momentos en los que se añora una lectura entre líneas, un poco más de suspicacia, por parte del autor. Es decir, el apoyo del Estado que inicialmente recibe; el apoyo final del Papa, pero sobre todo el del grueso del laicado y de lo mejor de la Iglesia de entonces, merecen mención aparte.

La locura de Monseñor Uzcátegui y el pleito violentísimo en la curia que le sucedió fue motivo de un verdadero escándalo en Caracas. Ver, entonces, cómo la sociedad fue tomando partido por el Vicario llama la atención. Acosta, por ejemplo, analiza la proclama de adhesión a Castro aparecida en *La Religión* bajo el título de "El Cisma" a finales de diciembre de 1900, una de sus maniobras más audaces y contundentes. Tal vez, incluso, impúdicas. Son ochenta y seis firmas de sacerdotes y jefes de las congregaciones en el país. Lo interesante es que entre ellas estaban muchos de los más intelectuales y emprendedores representantes del clero venezolano de entonces. Hombres como Santiago Machado y Nicolás E. Navarro son los que apoyan a Castro. Hombres como Evaristo Ramírez y Régulo Fránquiz, ambos después de dudoso prestigio (aunque morirían enfrentados a Gómez en La Rotunda) son los que se le oponen.

¿Qué significa esto en términos cualitativos? ¿Qué nos dice más allá de la descripción, de la evidencia de que Castro y Monseñor Navarro tenían uñas y eran capaces de maniobrar y llevar adelante estrategias de combate muy duras? Eran prelados que venían de los pleitos con Guzmán Blanco, y que además venían con ciertos triunfos; es ingenuo, por lo tanto, sorprenderse demasiado por eso. Pero hay algo más. Parece tratarse todo el lío de dos sectores de la Iglesia bien delimitados, con un peso cualitativo muy distinto y por el cual la sociedad venezolana, el Estado y el Vaticano se inclinarían por Castro. El ponderar cada sector, el identificar en ellos *modos de hacer*, el desmenuzar lo que había al fondo de todo ello, lo que pueda identificarse como una ética, un perfil de las negociaciones subyacentes entre los representantes del clero y los otros centros de poder en la sociedad. Eso hace falta. Leyendo otros documentos de la época —es fuerza, sin embargo, reconocer que aún no estaban publicados para cuando Acosta hizo su

investigación— nos percatamos de lo hondo de estos enfrentamientos, de la rivalidad entre Castro y su grupo con otro sector del clero al que veía, cuando menos, como inicuo y crasamente ignorante.

A pesar de no tocar este tema, sin embargo, Acosta aporta un montón de pistas para quien quiera hacerlo. Y además no podemos negarle el hecho de que él es quien abrió el camino para todas estas dudas: más allá de ellas, entonces, la mejor prueba de lo valioso de su libro es que tras su lectura tengamos aún tantas conjeturas y tantas ganas de seguir averiguando.

Y es acá donde el estudio de Rubén Peñalver, redactado casi al mismo tiempo y publicado en el 2000 por la Universidad Católica Andrés Bello, hace su aporte. *La obra de Monseñor Pietropaoli en el marco del proceso de Restauración de la Iglesia católica venezolana (1913-1917)* fue su tesis de maestría en Historia de las Américas en la misma universidad, de la que Peñalver también es profesor. Es una monografía algo más corta que la de Acosta, pero que se enfoca hacia la misma dirección: las relaciones de la Iglesia y el Estado desde los intrínquilos de sus negociaciones, ahora diplomáticas, y con base en fuentes primarias criticadas con una perspectiva de historiador.

Ahora bien, Mientras Acosta viene de la tradición de la UCV (su prólogo lo redactó Ermila Troconis de Veracochea), Peñalver viene desde la de la UCAB (su prólogo, un estudio en sí muy valioso, lo hizo el padre José Virtuoso). Así Peñalver incorpora las categorías de la historia de la Iglesia que se vienen de la Teología de la Liberación. Por ejemplo, esto de hablar de la *Restauración de la Iglesia venezolana* al referirse a todo ese proceso que se inicia hacia 1890 y sigue por el siguiente medio siglo, en el que la Iglesia experimenta un renacer extraordinario con el retorno de las órdenes religiosas, la mejora de las relaciones con el Estado, el aumento de la cantidad y la calidad del clero, la reestructuración de sus redes sociales, etcétera.

Juan Bautista Castro fue acaso el artífice de primera línea de la Restauración; de algún modo, sin embargo, el respeto personal de Gómez por la Iglesia también ayudó mucho. Pero la obra de Monseñor Carlo Pietropaoli, internuncio de la Santa Sede en Caracas, no se puede ocultar. Pietropaoli, quien, según Manuel Caballero —Peñalver lo cita en la página 77— “hacía recordar a quien lo mirase que la suya era la Patria de los Borgia y de Maquiavelo”, de alguna forma ocupó el liderazgo del clero que la muerte de Castro en 1915 y el bajo perfil del nuevo arzobispo Rincón González no pudieron llenar. En eso los informes del diplomático dan algunas luces sobre los problemas que se presentan en el libro de Acosta. La visión que, por ejemplo, tenía el Nuncio del sacerdocio criollo, es reveladora: salvo Castro, Navarro y algunos otros de ese grupo, al resto lo consideraba incapaz e incluso moralmente insolvente. Por eso no siente escrúpulos algunos en actuar por encima de él, directamente con el Benemérito.

Y vaya que es intensa su actividad en este sentido. Buscando arrancarle a Gómez beneficios para la Iglesia, sobre todo un concordato, llega al extremo de hacer caso omiso a las críticas y noticias veraces que llegan a sus manos sobre la violación sistemática de los derechos humanos en el país, y aunque intercede por algunos presos, es más bien tibio ante la situación de los padres Fránquiz y Ramírez. En realidad lo que le preocupa es cultivar la amistad con Gómez, convencido como estaba de que con la simpatía del Jefe accedería a sus favores. Así le consigue del Vaticano la Orden Piana y en sus informes defiende al régimen con argumentos parecidos a los de los positivistas: es el Gendarme Necesario, el mal menor para un país como éste, y en todo caso lo que le convenía a la Iglesia. Maquiavélico, una vez más, los resultados le darán la razón a sus medios.

Ahora bien, ¿cómo se enteró Peñalver de todo esto? Ello es tal vez lo más interesante de su trabajo. Antes que nada, accedió a la primera entrega de la vasta obra de recopilación que en los archivos secretos vaticanos hizo Lucas Guillermo Castillo Lara, *El centenario de la Diócesis del Zulia, a través del archivo secreto vaticano* (CIHEV, Caracas, 1996). Los seis volúmenes que editará después con documentos, y que son tan sólo una parte de los que reposan en traslados en la Casa de la Historia, recién abierta en Caracas por la Fundación Polar, hubieran potenciado aún más tanto este trabajo como el de Acosta. También revisó entre otras fuentes documentales, el Archivo de Asuntos Eclesiásticos del Instituto de Investigaciones Históricas de la UCAB, con lo que pone de relieve un fondo documental aún muy poco trabajado y que aguarda por una valoración mayor.

Junto a esto, el trabajo de Peñalver tiene también la virtud de presentarse como un ensayo ágil, casi un reportaje, que se deja leer con fruición. Este trabajo, entonces, y la monografía de Acosta, nos hablan de todo un movimiento que está estudiando a la Iglesia y su historia desde otras visiones a las imperantes hasta ahora; son la cristalización de un proceso de revisión iniciado hace más de treinta años y que ya alcanzó su madurez en obras sólidas, con aportes concretos. El uso de fuentes primarias, un trabajo de método y análisis profesional, de expansión de la temática hacia otros problemas —por más que los estudios citados sean del viejo tema de Iglesia-Estado— y de replanteamiento de muchas cosas dadas ya por concluidas, nos dicen que la historia de la Iglesia está en la aurora de una nueva etapa, promisoría de creación.

Tomás Straka

El profesor Bauzá, con quien tuve el honor de compartir un seminario doctoral en la universidad compostelana, plantea en su obra un ameno y documentado recorrido a lo largo de la figura mítica del héroe, desde la antigüedad grecorromana a la más actual modernidad, partiendo de una base empírica que implica la necesidad que el ser humano tiene de "héroes" a quien idolatrar e imitar.

El personaje, indudablemente arquetípico, del héroe, ha sido empleado en el tiempo como un medio de justificar ciertas actitudes y situaciones individuales o colectivas y, por lo tanto, sociales. Ha servido, así, a las diversas estirpes, linajes o dinastías, como un mecanismo ideal de enraizar en un pasado ejemplar, paradigmático. Desde esta óptica, son genéricamente "fundadores". El héroe es un modelo que debe ser seguido, en tanto que ejemplifica una ética concreta que socialmente debe ser emulada. Son aventureros sin límites, esencialmente transgresores, que luchan denodadamente por conquistar lo humanamente inconquistable, y por conseguir un orden para llegar a la inmortalidad, una parte de la cual es inherente a su morfología en su condición de semidioses. A través de sus viajes, aventuras y hazañas, que suelen provocar la envidia o los celos divinos, el héroe se convierte en un ente que simboliza el dominio de lo irracional del ser humano: es la lucha interior contra los instintos y las pasiones.

El hombre siempre ha sentido la necesidad de ídolos a quien adorar; ha estado predispuesto a reverenciar a todo aquel que se destaca por su valor, temperamento o gallardía, tratando de imitarlo. Los héroes vendrían a ser, como afirma el autor, "la imagen de lo que cada uno de los hombres hubiera querido ser"; psicoanalíticamente hablando, representarían los deseos profundos de nuestra especie, que por razones de diversa índole, no se pueden cumplir en la realidad, en especial, el traspaso habitual de cualquier límite. El héroe aparece, por consiguiente, como un gran símbolo. Parafraseando a Joseph Campbell, simbolizaría el control de lo irracional a través del empleo de una serie de valores éticos que se consideran los propios de alguien virtuoso. Su búsqueda, disputas y aventuras, le suelen conducir a una trágica muerte (en su condición de ente ambivalente, dual, contradictorio), lo cual, a su vez, sirve para ensalzarlo y hacerlo perdurable en la mentalidad mítica. En definitiva, aparte de combatir externamente contra sus enemigos, debe hacerlo en su fuero interno contra sí mismo. Un claro ejemplo de estas peculiaridades es Heracles.

De alguna manera, pues, el héroe tiene también aspectos humanizantes que lo acercan al hombre común: sufre, pasa su vida en continua iniciación-

purificación y normalmente llega a una muerte y apoteosis que le reporta un premio especial: generalmente la inmortalidad o una gloria imperecedera, entendida, a veces, como la continuidad de su vida y hazañas en el recuerdo colectivo.

Ahora bien, ¿cómo es el héroe?, ¿cuáles son sus características y peculiaridades morfológicas? En la concepción griega es un ser intermedio, un auténtico mediador entre lo divino y humano y entre lo civilizado y lo salvaje, porque es ambivalente y dualista, con una línea de actuación y una naturaleza constitutiva variable, desde aquellos aspectos culturales valerosos y civilizadores, hasta los desmesurados y criminales, destructivos o despóticos. Nuevamente, el más claro ejemplo es Heracles. Asimismo, es un ser singular, que actúa generalmente solo, destacado sobre los demás por sus excelencias; un verdadero semidiós en el sentido más religioso del término. La categoría heroica romana aparece puesta en relación al concepto de *lares* y *genius*, denotando cierta politización en el término genérico. El héroe, insertado en lo intemporal del mito, y la "heroicidad" que destila, implica valor y honor. Combate y se enfrenta a peligros que cualquier mortal no encararía bajo ninguna condición, porque busca la gloria y el reconocimiento que muy explícitamente los poetas se encargaron de reconocerle, especialmente Píndaro.

Desde el siglo pasado se han querido sentar sus bases constitutivas, delineando así su morfología. Muchas son las teorías que han intentado explicarlo, pero, en realidad, no se puede dar una definición estricta, única e invariable de "héroe", como tampoco de "mito". Se los ha concebido como antiguos dioses venidos a menos en su importancia, categoría y prestigio, como hombres que se heroizaron por su valor y acciones extraordinarias, o bien como una categoría especial de seres, distinta a las demás, y que presenta como característica definitoria su *areté*. Estas encorsetadas clasificaciones han intentado, a su vez, destacar diversas clases dentro del héroe, cada una de ellas con sus relevantes particularidades, más o menos específicas; es decir, con sus funciones y rasgos diferenciadores concretos. En general, por lo tanto, el héroe no se puede explicar bajo un único prisma, pues su origen es sumamente heterogéneo y sus peculiaridades bastante dispares.

En el eje de su obra, el profesor Bauzá analiza la figura de cuatro de los principales héroes de la antigüedad griega, Heracles, Edipo, Aquiles y Prometeo, haciendo especial hincapié en reflejar todos aquellos elementos específicos que los definen, fundamentalmente los de carácter simbólico, dejando para los apartados finales unas concretas consideraciones acerca de los héroes modernos, estudiados desde el racionalismo e iluminismo del siglo XVIII hasta las manifestaciones culturales mas-mediáticas de pleno siglo XX.



Nuestros nuevos y modernos héroes, fundamentalmente más cotidianos y carentes de la religiosidad de sus homónimos de la antigüedad, están más cercanos, más vivos y presentes, aunque sólo sea por su evidente contemporaneidad, que aquellos personajes gloriosos de tiempos arcaicos y remotos. Son figuras, casi se podría decir, de consumo, que llegan precedidos de una amplia campaña publicitaria. En este sentido, particularmente significativos son el conjunto de héroes y heroínas de la ciencia ficción, expresado a través de la literatura y el cine o, en cualquier caso, siempre por los canales de los medios de comunicación.

Julio López

CORNWELL, Jhon. 2001. *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII*. Barcelona: Editorial Planeta.

Pocos problemas históricos son tan susceptibles para el escándalo —y, por lo mismo, atractivos para el gran público— como los relacionados con los intrínquilis del Vaticano y su maraña de relaciones (la verdad, en no pocas ocasiones, francamente *non sanctas*) con los poderes terrenos. Evidenciar, por ejemplo, que la mansedumbre y el candor que transmiten las estampas de algunos santos no es —en realidad *no puede ser*— la norma a seguir para negociar la libertad de la Iglesia o los derechos de los fieles con personajes, pongamos el caso, del talante de Hitler; poner de manifiesto que tal o cual prelado es un hombre en el fondo como cualquier otro o incluso más severo, con sus miserias, con sus ambiciones, con sus pasiones inconfesables; que la Iglesia a veces debe jugar el rudo juego de los políticos o de los sectores económicos para sobrevivir o para imponerse: todo eso tiende a despertar una suerte de morbo, que inmediatamente capta la atención y garantiza, cuando menos, ediciones de largo tiraje. En este sentido, el presente libro no es la excepción.

Lo cual obliga a explicar el porqué de su reseña en esta revista. Antes que nada, si bien el autor se esfuerza por demostrar que el sensacionalismo no es su objetivo, el sólo título que le pone, con tanto sabor a *best seller*, parece indicar lo contrario: afirmar tajantemente el Papa Pío XII haya sido una suerte de ficha de Hitler es bastante grueso; pero prometer, encima, la revelación su "verdadera historia", lo que acaso da a entender que todas las demás contadas (recuérdese que Pío XII está en proceso de beatificación) son falsas,

ya pone las cosas en otro punto, más en al nivel de uno de esos reportajes televisivos sobre la “verdadera vida de las estrellas”, con sus divorcios, traumas infantiles y problemas de drogas, que en el del estudio serio de un historiador.

Ahora bien, este no es el problema: no es inicialmente malo que un estudio de historia –incluso de historia de la Iglesia– sea un *best seller*, y que hasta tenga un título con *punch*, escrupulosamente acordado con los editores: una monografía no debe ser una pesada tesis para gozar de utilidad e incluso de gran valor científico. La cuestión está, entonces, en que no dejándonos encandilar por estas cosas, la solvencia intelectual del autor –es fellow en el Jesus College de Cambridge; lo profuso de la investigación, que verdaderamente acusa una multitud de fuentes consultadas y de datos expuestos; y lo deliciosamente escrita que está, bien vale unas líneas reflexión sobre el *problema historiográfico* que encierra. Es decir, no es nuestro objetivo –ni en realidad está ni en nuestra capacidad ni en nuestro ánimo– salir con una apología a Pío XII: de eso se encargarán sus defensores en la Congregación de la Causa de los Santos u otro especialistas más calificados. Nuestro problema se remite al método y el espíritu de fondo del trabajo, extrapolable a cualquier otro de la misma naturaleza: radica, pues, en la *pertinencia* de ciertas preguntas que se hace el autor.

Nos explicamos: un investigador tiene el derecho a plantearse cualquier interrogante que quiera y a investigar lo que sea, sin que en ello no prelen más principios que los elementales de la ética. O sea, nada debe ser tabú ni nadie es tan sacrosanto como para estar a resguardo de ser confrontado por el análisis –en cuanto más incisivo, mejor– del historiador. Trátese de un Papa, de un santo, de un héroe nacional como Bolívar o hasta del mismísimo Jesucristo. Lo ético, entonces y más allá del imperativo básico de toda historiografía de respaldar las conclusiones en una evidenciación en líneas generales suficiente y en una argumentación decorosamente sólida, está, cuando se trata de historia de las ideas, en aquel viejo principio moral y jurídico de *ad impossibilia nemo tenetur*: nadie está obligado a realizar lo imposible.

O lo que es lo mismo: no lamentarse porque gentes de otros tiempos no piensen como nosotros. Por distintos intereses, se suele caer en la tentación de colocar a personajes históricos –susceptibles de dar lustre y legitimación a tal o cual movimiento– como ilustres precursores de ideas que, en rigor, no pudieran haber ni siquiera vislumbrado, o –como le pasa a este investigador con Pío XII– de condenarlos porque desde la esfera de su momento no pensaron, lamentablemente, como nosotros desde la esfera del nuestro, hubiéramos querido que lo hicieran. Y no es porque no haya habido hombres que ciertamente se adelantaron a sus años u otros que ya entonces

resultaron crasamente retardatarios, sino que, precisamente, es sólo desde *sus años* que podemos evaluarlos: recordemos, a nadie se le puede exigir lo imposible, y entre eso está el pedirle a un pobre mortal, trátese de un Papa o un Libertador, que rompa con su cultura, con la mentalidad de su momento y venga a comportarse de forma "políticamente correcta" en el nuestro. Por supuesto, hay genios e iluminados que lo han hecho, pero no es razonable condenar al hombre promedio porque no lo sea.

Y el caso de Eugenio Pacelli, futuro Pío XII es particularmente complejo al respecto. En primer lugar, es muy contemporáneo, de modo que "sus años" son casi los nuestros. En segundo lugar, ya en "sus años" había quienes pensaban distinto a él, y mucho, de modo que incluso dentro de su contexto desarrolló algunas actitudes al menos discutibles. Pero en este punto su problema no es personal: se trataba nada más y nada menos que de un Papa, de modo que sus ideas eran las de un sector importantísimo de la humanidad que lo tuvo por representante de Dios. De modo que este problema – y el autor no parece haberlo percibido plenamente– conduce a otro mayor: el de qué podía pensar en cuanto sacerdote de aquel tiempo que era; el de cuáles podían ser sus objetivos; qué idea podía tener del papado –o sea de sí mismo– y del resto del mundo en función de su estatus de Vicario de Cristo.

Jhon Cornwell, el autor del trabajo, afirma ser católico –lo que en el mundo anglosajón tiene un peso específico: es como en el nuestro afirmar ser protestante– y haber iniciado su investigación precisamente para exculpar a Pío XII de las acusaciones de complacencia con Hitler y hasta solapado antisemitismo que lo empañan. Este objetivo le abrió las puertas de una multitud de archivos eclesiásticos, que lo pusieron en contacto con una documentación impresionante y normalmente vedada a ajenos al clero. Pero el no haber podido llegar a las conclusiones a las que hubiera querido haber llegado después de esta larga investigación, pareció consternarlo, y hasta ponerlo en el bando contrario. Que Pacelli no haya sido el Papa que soñó, lo lleva, a trechos, a manifestarle una franca antipatía; así como continuas censuras por su acción frente al "problema judío".

La verdad es que el trabajo parece demostrar con una buena cantidad de datos la *tibieza*, por decir lo menos, con la que el Papa Pacelli se enfrentó al problema. Buscando explicaciones, el autor se hunde en el antisemitismo de la Iglesia (aunque se apura a reconocer que es de raigambre distinta al nazi) y de la Roma en las que nació, se crió e hizo sacerdote Pacelli, miembro de una familia íntimamente relacionada con el gobierno del Vaticano. También encontró testimonios personales de su antisemitismo, como su sistemática condena a los "judíos bolcheviques". Pero por otro lado, halló también algunas otras cosas a favor del Papa, como su compromiso en un complot para derrocar a Hitler en 1939 o la ayuda objetiva que le ofreció a

una cantidad considerable de judíos romanos —en agradecimiento su rabino se convirtió al catolicismo— y que le fue calurosamente reconocida por Israel.

¿Cómo evaluar al Papa entonces? Bueno, ese es el problema de los hombres en la historia, inclusive de hombres santos como Pacelli: nadie es completamente blanco o negro. El hecho de que el episcopado alemán haya sido la única institución que logró sobrevivir relativamente autónoma al totalitarismo nazi, así como el éxito que tuvo para revertir algunas políticas de Hitler; junto al poder que tuvo la Iglesia para disuadirlo de ocupar el Vaticano, demuestran que contaba con muchos más recursos de los pensados para enfrentarse al III Reich, que de la forma tímida en que lo hizo en un principio.

Eso es cierto, pero viéndolo ahora, a cincuenta años de distancia: entonces, cuando Roosevelt o Churchill le pedían al Papa un pronunciamiento firme contra el Eje, recuérdese que el Vaticano y Suiza eran los dos únicos países de Europa continental no controlados por Hitler o sus satélites; que haber hecho una resistencia mayor podría haber traído una reacción todavía más violenta a la que ya los nazis estaban desarrollando allá donde el clero se le oponía (y es muy fácil condenar a otros por no haber sido héroes o no tener vocación de mártires); y que, en suma, el Papa no tenía porqué saber que Alemania iba a perder la guerra hasta, por lo menos, 1943, cuando efectivamente su actitud empezó a cambiar. Y tanto, que no en vano pudo erigirse después como un gran líder entre los aliados triunfantes hasta ser considerado como el “capellán de la OTAN”.

Pero aun así el problema no puede reducirse a esas coyunturas, hay que ir al fondo, a lo que él como líder espiritual de una de las principales religiones del mundo podía tener como sus fines últimos, trascendentes: ¿cuál era el problema nodal de la política vaticana hasta entonces? ¿Qué cosas es lícito esperar de un sacerdote de entonces? Esa es la cuestión. Pues el problema del Vaticano —lo venía siendo desde la Revolución Francesa— era la restauración de la cristiandad, rota por el mundo moderno. Y a ese objetivo se entregó Pacelli en cuerpo y alma, y evidentemente de forma sincera. Como hombre de acción y de oración —tal vez incluso más lo segundo— que era trabajó noche y día, y con no pocos aciertos por ello. Es con ese baremo que se le debe medir. Todo cuanto hizo se centró en el logro de la autonomía de la Iglesia y su libertad frente a los poderes seculares; había trabajado en eso desde los inicios de su carrera, bien como uno de los redactores del Código de Derecho Canónico, bien como diplomático de la Santa Sede. Así, entenderlo bajo esta perspectiva lo explica todo. Restituir al *Regnum Christi* fue su misión, y con base en ella medía a todos de acuerdo a la distancia en que estaban de tal cometido; entre Stalin, Franco y Hitler debía escoger al menos malo para que el Plan salvífico de Dios llegara a buen puerto,

cediendo a veces hasta lo indecible, pactando hasta con hombres ya tildados entonces de "diabólicos", maniobrando entre sombras e intrigas, rezando desde su extraordinaria espiritualidad.

Por ello, por ejemplo, su intento de mantener las mejores relaciones posibles con Hitler, incluso al costo de su antipatía personal por el nazismo y de sus enfrentamientos con el episcopado alemán, anti-nazi casi desde el principio, hasta arrancarle la firma de un concordato (el conocimiento del caso venezolano con Gómez demuestra que era una directriz general en el Vaticano); por ello, también, su apoyo a Franco y al régimen títere de Croacia, enclave del catolicismo en los Balcanes, o al gobierno pro-nazi del padre Tiso en Eslovaquia. Y por ello, sobre todo, elevó las ya viejas condenas de la Iglesia al comunismo a su punto máximo. Su experiencia como Nuncio en la fugaz república soviética de Baviera, las matanzas de religiosos en la España republicana, la experiencia de la Unión Soviética, le hicieron ver siempre al fascismo como un mal menor que el comunismo (¿no fue, además, el mismo Mussolini quien había restituido el poder temporal?). Su utópico intento de re-evangelizar a la Rusia soviética, ahora bajo el signo del catolicismo, aprovechando la invasión alemana y con sacerdotes enrolados en las tropas del Eje que luego desertaban para organizar pequeñas comunidades clandestinas, demuestra hasta qué punto se tomó esto en serio. Luego, ya en la posguerra, lo que pasó en Europa Oriental, sobre todo en las católicas Hungría y Polonia, terminaron de demostrarle sus peores temores, así como la forma en que la Iglesia podía ser un freno a lo que entendía como ese mal.

Así las cosas, ¿el "Papa de Hitler"? No: el Papa de una forma de entender a la Iglesia y su función, metida en el tifón de una época que rebasó la capacidad de casi todo sus partícipes para comprenderla. Hitler fue lo coyuntural. ¿Lo exculpa esto? Es difícil decirlo, pero ese no es, inicialmente, un problema para la historia. Pudo haber hecho más, pero tampoco hizo poco, y es más, debió, desde su forma de ver las cosas, creer que hizo lo correcto. Pero el objetivo de esta reseña es la reflexión sobre el problema historiográfico, no sobre Pacelli: ¿qué le queda en firme al historiador después de todo esto? Pues que sin este conjunto de consideraciones globales, sin ubicar a alguien en su tiempo y sus problemas, ni a él, ni a ningún otro personaje se le puede evaluar justamente a la distancia. Recordemos una vez más: *ad impossibilia nemo tenetur*.

Tomás Straka

La Fundación Venezuela Positiva desea transformar la crisis actual en el punto de partida de un nuevo orden económico y social al servicio de toda la población. Para tal fin está publicando obras importantes en el campo económico y social. Este volumen de ensayos, al igual que otras publicaciones anteriores se dedica precisamente a llamar la atención hacia el mejoramiento de la situación socio-económica en el país.

Por cierto, es difícil presentar esta obra de 730 páginas en una breve reseña. Las 30 contribuciones a este volumen fueron escritas por médicos, psiquiatras, sociólogos y abogados de diferentes corrientes científicas e ideológicas. Los autores tocan una variedad de temas, tales como el alcoholismo y la farmacodependencia, el SIDA y enfermedades venéreas, que tienen mucha influencia negativa en el funcionamiento de la familia como entidad social. Otros temas de gran interés son, la salud sexual de los adolescentes, y los patrones alterados de la vida sexual que llegaron a ser corrientes en las últimas dos o tres décadas. El estudio de la familia popular venezolana y sus implicaciones culturales por Alejandro Moreno llama la atención de los antropólogos. Eleonora Abreu Mora toca el tema de la matrifocalidad en la familia venezolana, que en la actualidad no es un fenómeno encontrado sólo en las clases bajas, sino—debido al alto índice de divorcios— llegó a ser un problema serio en la clase media también. Otros temas parecidos son elaborados por Abraham Genis. Axel Capriles se refiere a la familia en la sociedad de consumo, la cual ha cambiado profundamente las aspiraciones de los jóvenes. Mikel de Viana, SJ, ofrece un panorama muy interesante de los cambios dentro de la vida familiar, ocurridos, en menos de una generación, debido a la urbanización, la secularización y la alta frecuencia del divorcio.

Otros temas de gran actualidad son mencionados, como el aborto, los valores y antivalores de la juventud, la dinámica familiar, la familia como fuente de aprendizaje y de la vida. Beatriz Briceño Picón está interesada en la influencia de la televisión y de la publicidad en la vida familiar en la actualidad.

El capítulo sobre la metodología para el estudio de la familia de María Cristina de Méndez debería introducir la obra, mientras que el capítulo sobre la familia del próximo milenio tendría que concluir el volumen, conjuntamente con el ensayo de José Luis Vetenhout sobre el porvenir de la familia en Occidente.

Todos los lectores de la obra encontrarán un amplio material relacionado con sus intereses específicos en los ensayos. Quizás no van a estar siempre



de acuerdo con las opiniones expresadas. Sin embargo, las opiniones de los autores pueden formar la base de un discurso que ponga en práctica las sugerencias expresadas.

Angelina Pollak-Eltz

GONZÁLEZ ARRIAGA, Verónica. 2000. *La Política exterior de México hacia Centroamérica. 1890-1906*. Morelia, México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Colección Alborada Latinoamericana, No. 13.

La obra de Verónica González constituye una valiosa contribución a la historiografía contemporánea, al introducimos en el complejo panorama diplomático enfrentado por México en la región centroamericana, a fines del siglo XIX y principios del XX. El rejuego político analizado denota simultáneamente ciclos de tensión y de aparente calma ante los crecientes intereses económico financieros de Estados Unidos en el área y sus constantes intervenciones militares. El escenario de antaño representa un antecedente lejano del actual papel de México como el "hermano mayor" en Centroamérica, reflejado en la promoción del Plan Puebla-Panamá, que ayer como hoy, representa una estrategia integracionista bajo la égida estadounidense.

El texto tiene el mérito de reconstruir la política exterior de México hacia Centroamérica, alrededor de un eje hipotético que sostiene que México diseñó una política exterior para salvaguardar su soberanía política a través de su proyección como nación que podía detentar un papel importante en los asuntos regionales. Esta ha sido una temática poco explorada por los historiadores de las relaciones internacionales y de la diplomacia; por este solo hecho, su obra ya es aportativa, pues abre la perspectiva de profundizar en el conocimiento de nuestro acontecer histórico a través del análisis de la política exterior mexicana hacia esa área geográfica.

La obra cuestiona el enfoque tradicional de la historiografía diplomática e introduce un elemento novedoso en su reflexión histórica: contrasta la práctica política exterior con las posturas asumidas por diferentes sectores de la opinión pública; de esta manera, el uso de la prensa como fuente para la reconstrucción histórica, amplía las perspectivas metodológicas e introduce el elemento humano y social como un protagonista más del rico mundo de las relaciones internacionales, hecho que ayuda a cambiar el tono frío y retórico de la historia diplomática tradicional.

La autora califica las relaciones entre ambas regiones como complejas, no sólo por compartir un pasado y una herencia histórica, sino por la presencia de los intereses de las potencias europeas y de Estados Unidos. En este aspecto, el trabajo es novedoso porque inserta con precisión la problemática birregional en el contexto continental. El trabajo en cuestión destaca la importancia geopolítica de Centroamérica, derivada de la compartición de un espacio geográfico, objeto de las ambiciones y disputas ínter imperiales.

La obra se divide en cuatro capítulos que nos atrapan por su lenguaje claro y fluido. El primero tal y como la autora lo titula: aproximación a la política exterior mexicana, se dedica a explicar la estructura organizativa y jurídica del aparato diplomático mexicano. En este sentido, resulta revelador que el proyecto modernizador de nación, a través de la apertura a las inversiones extranjeras, detentado por Porfirio Díaz, contemplase fortalecer las ramas del servicio exterior, fundar la Secretaría de Relaciones Exteriores y reglamentar las actividades del cuerpo diplomático. Estas instancias, fueron cambiando en relación directa a la coyuntura internacional y a las necesidades domésticas del país.

El segundo capítulo lleva por nombre: La diplomacia mexicana en la convulsa realidad centroamericana; en éste, la autora entra de lleno en materia exterior. Primeramente da unas pinceladas del desarrollo histórico de Centroamérica a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX; posteriormente explica la importancia geopolítica de la región; área en la que se dirimían fuertes intereses internacionales, al constituir el escenario de la lucha entre Inglaterra y Estados Unidos por el control de un paso ístmico, el dominio de zonas de aprovisionamiento de materias primas y lugares propicios para la inversión y la extensión del comercio. En este contexto, los países centroamericanos temían por su seguridad y sobre vivencia como naciones; por lo que intentaron la conformación de una Unión Centroamericana, que a su vez los orilló a luchas fratricidas y al surgimiento de caudillos, principalmente en Nicaragua y Guatemala. Ante estos acontecimientos, México buscó detentar un papel protagónico y practicar una diplomacia activa, que ocasionó el resurgimiento de la animadversión de Guatemala, país que pretendía ocupar una posición de liderazgo en la zona. Problemática analizada en el capítulo titulado: Guatemala: una convivencia conflictiva. En éste, se explican los problemas limítrofes, agudizados a partir del tratado de 1882, en el que Guatemala perdió grandes extensiones de territorio, incluido parte del actual estado de Chiapas, que pasó entonces a manos de México. Esta situación se tradujo en constantes invasiones a suelo mexicano y en conflictos geográficos y humanos derivados de la compartición de una frontera común.

El último capítulo titulado: Belice en la política exterior mexicana, aborda la relación de México con la colonia inglesa de Belice, en torno al Tratado

de Límites de 1896, sus antecedentes, desarrollo y consecuencias. De acuerdo a la autora:

Para el gobierno mexicano, la frontera con Belice constituyó un constante motivo de preocupación. Además de que su incomunicación con el resto de la república, dificultaba la resolución de los problemas fronterizos. Así, México tenía que defender una frontera con Estados Unidos, otra con Guatemala, una tercera con el Caribe y una cuarta con unos ambiciosos colonos ingleses... (p. 113)

Las relaciones con Belice estuvieron marcadas por las necesidades de empréstitos y créditos británicos al gobierno mexicano. Consecuentemente, la política exterior respondió a objetivos nacionales y cedió un importante enclave geopolítico a Inglaterra, asegurándole su participación en las luchas por el espacio y el poder en la región del Caribe y Centroamérica.

Por todo lo anterior, consideramos que la Política Exterior de México hacia Centroamérica 1890-1906, constituye una referencia obligada para los estudiosos de la historia contemporánea de México y Centroamérica.

María del Rosario Rodríguez Díaz

GUSS, David M. 2000. *The Festive State, Race, Eibnicity and Nationalism as Cultural Performance*. Berkeley: University of California Press.

Guss es un antropólogo norteamericano que trabajó en Venezuela en varias ocasiones desde hace 25 años, observando profundas alteraciones en el folklore bajo influencias externas y debido a cambios socioeconómicos y políticos.

El eminente poeta y folklorista Juan Liscano, en los años 40, organizó por primera vez un festival folklórico (la Fiesta de la Tradición) en el Nuevo Circo de Caracas, con la participación de grupos de campesinos que llegaron de todas partes de la república, para presentar sus bailes y cantos por primera vez fuera de sus aldeas. Anteriormente, en la mayoría de los casos, los devotos de santos solían bailar y parrandear para pagar promesas a sus patronos. Desde entonces, ocurrió una progresiva comercialización, debido a la intervención de intelectuales, el gobierno y la Fundación Bigott. Además, hoy en día los participantes en estas celebraciones ya no son solamente campesinos, sino estudiantes y profesionales con intereses seculares. Los grupos participan a menudo en grupos organizados para turistas o en ocasión

de eventos políticos. Los medios de comunicación contribuyeron también a la comercialización. Los bailes delante de la estatua del santo se convierten en representaciones teatrales para un público que paga por el espectáculo.

El autor analiza los cambios en el significado de las fiestas, que ofrecen los mismos cultores. A menudo se trata de reinterpretaciones de ritos y mitos. Guss estudia las actitudes de los sanjuaneros en Curiepe, donde las investigaciones folklóricas de Juan Liscano e Isabel Aretz empezaron hace casi seis décadas. Durante un tiempo, los nativos querían atraer turistas en el día de San Juan, en beneficio de la comunidad en favor del desarrollo económico de la comunidad. Sin embargo, estos forasteros provocaron más bien disturbios y no aportaron beneficios. Para salvar antiguas tradiciones, se restableció la fiesta de Juan Guaricongo en la fecha de la fiesta de San Pedro como celebración de los propios habitantes de Curiepe.

El Tamunangue del Estado Lara es considerado por los intelectuales la expresión del mestizaje racial y cultural entre negros, blancos e indígenas. En la época colonial, se celebra en El Tocuyo el Son de los Negros, evento religioso organizado por la cofradía de esclavos y pardos libres para pagar promesas a su patrono San Antonio. A partir de los años 40, debido a la intervención del Instituto de Folklore, este baile se ha convertido gradualmente en un evento de cultura popular de importancia nacional.

La Fiesta del Mono, celebrada en Caicara de Maturín en el día de los Niños Inocentes (28-12) no tiene un origen muy remoto y hoy en día es un evento que reúne a los caicareños que viven y trabajan afuera. A pesar de que los "expertos" pretenden que se trata de una fiesta agraria de los indígenas de la región de "indios" tiene muy poco. Se trata más bien de parrandas de grupos en máscaras que corren por la calles al estilo de las Locainas.

En un capítulo especial, Guss estudia el trabajo de la Fundación Bigott en el "rescate del folklore", no siempre en beneficio de los cultores. Esta fundación es financiada por una poderosa compañía tabacalera multinacional y ha contribuido mucho a la divulgación de cantos y toques del pueblo venezolano por la televisión y en festivales en todas partes del país.

Angelina Pollak-Eltz

MARICHAL, Carlos. 1999. *La bancarrota del virreinato. Nueva España y las finanzas del Imperio Español, 1780-1810*. México: El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas y Fondo de Cultura Económica, 336p., apéndice estadístico y documental, fuentes y bibliografía, cuadros, mapas y gráficos.

Centrado en el caso de la Nueva España, el estudio de Carlos Marichal comienza con el esbozo de una aparente contradicción que induce, sin lugar a dudas, a reflexionar sobre el proceso fiscal y su vínculo con el proceso independentista en otras regiones del imperio español consideradas también “sólidas, ricas y poderosas”: ¿Cómo es que la Nueva España, el virreinato más poderoso de la América española, se encaminara hacia una profunda crisis fiscal a finales del siglo XVIII? Para esclarecer planteamientos respecto a esta supuesta contradicción, señala Marichal que no es posible precisar con exactitud cuáles fueron sus efectos sobre la economía virreinal porque no se dispone, todavía, de todos los datos y habría que hacer una evaluación cuantitativa totalizadora y más profunda; pero sí es posible, enfatiza, ofrecer con bastante detalle el monto del endeudamiento del Estado y las dificultades que tuvo el erario público en momentos clave de necesidad imperial. El detalle de este endeudamiento le permite apuntar hacia algunas hipótesis que contribuyen a comprender los efectos de dicha crisis, así como a ahondar en las causas del estallido y consolidación de los movimientos insurgentes en el México virreinal y, muy posiblemente en otras regiones del imperio español. Para responder a la pregunta de si existían indicios claros de que el gobierno novohispano se encaminaba hacia una crisis fiscal, Marichal ofrece a lo largo del texto un abanico de planteamientos/respuestas que hacen reflexionar al poner de manifiesto, claramente, las dificultades crecientes que enfrentaba la Nueva España para cubrir las demandas imperiales de fondos que financieramente desembocarían, de manera inevitable, en la quiebra del erario de la bien llamada submetrópolis en las Indias, nombre que daba razón a los cuantiosos beneficios fiscales que generaba, al desembolso de situados que destinaba a las posesiones del Gran Caribe, así como a las remesas, donativos y préstamos que sucesivamente se enviaban a la península.

El texto está organizado en ocho capítulos y tres apéndices a lo largo de los cuales Marichal analiza los costos del colonialismo, la crisis fiscal del imperio, los préstamos y las guerras imperiales, las relaciones de poder entre la iglesia y los conflictos internacionales, el problema de las remesas de plata mexicana a España y, a modo de conclusión, la crisis fiscal que a consecuencia de ello vivió el imperio a finales del siglo XVIII.

Marichal otorga especial mérito al debate historiográfico que se ha generado en torno al estado de la economía virreinal novohispana. Historiadores como Herbert Klein, José Carlos Chiaramonte, John Coatsworth Richard Garner, Richard Salvucci, Eric van Young y John TePaske, han contribuido a ubicar al México borbónico en un lugar destacado dentro de dicho debate internacional. Evalúa la polémica Coatsworth/Cárdenas<sup>1</sup> para aclarar que hay que hacer distinciones respecto a la naturaleza de los costos fiscales y a los costos económicos globales, que aunque ambos estén relacionando en el ámbito colonial, el costo fiscal se puede medir porque se conocen las cifras anuales de las transferencias de las tesorerías del virreinato, pero en cuanto a los costos económicos globales, todavía no existen elementos para sopesar los múltiples efectos de la relación comercial sobre el sector privado de la economía novohispana. Señala Marichal que el ensayo pionero que enfocara el déficit en la economía colonial, fue el artículo de John TePaske, "La crisis financiera del virreinato de Nueva España a fines de la colonia", publicado en la revista *Secuencia*, 1991, planteamiento que se ha enriquecido en una direccional producción histórica focalizada desde esta perspectiva. Señala como recientes aportes guiados en esta reflexión, el trabajo de Luis Antonio Jaúregui, *La anatomía del fisco colonial. La real hacienda de la Nueva España, 1784-1821* (1994), el de Matilde Souto Mantecón, *El Consulado de Comercio de Veracruz, 1796-1821* (1996) el de Guillermina del Valle Pavón, *El consulado de comerciantes de la ciudad de México y las finanzas novohispanas, 1592-1827* (1997) y el de Laura Náter, *Integración imperial: el sistema de monopolios de tabaco en el Imperio español. Cuba y América en el siglo XVIII* (2000), tesis doctorales que se han presentadas en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y que demuestran una fecunda veta de investigación.<sup>2</sup>

El texto de Marichal contribuye a comprender la problemática fiscal novohispana en un conjunto totalizador y explicativo. Desde esta visión es pertinente reflexionar sobre las presiones fiscales imperiales que se impusieron en otras regiones españolas y las reacciones sociales y económicas de descontento que generaron. Las políticas de interés fiscal, control de producción y reformas económicas que se llevaran a cabo desde la cuarta

- 1 En la cual se planteaba hasta qué punto era posible medir los costos que la vinculación colonial pudo haber tenido en la economía novohispana. Ver: John Coatsworth, 1987, "Obstacles to Economic Growth in Nineteenth Century Mexico", *American Historical Review*, 83:1, pp. 80-100 y Enrique Cárdenas, "Algunas cuestiones sobre la depresión mexicana del siglo XIX" en: Enrique Cárdenas (comp.) *Historia económica de México*. México: Fondo de Cultura Económica, vol. 2, 1990, pp. 27-56.
- 2 El trabajo de Matilde Souto ha sido publicado recientemente bajo el título: *Mar abierto. La política y el comercio del Consulado de Veracruz en el ocaso del sistema imperial*. México: El Colegio de México, Instituto José María Luis Mora, 2001.



década de ese siglo, tuvieron el mismo interés: aprovechar al máximo los beneficios que deparaban las colonias americanas. Los excesos de la corona por obtener los mejores beneficios para España se concentraron, en el caso de Venezuela, en la actividad monopólica de la Compañía Guipuzcoana de Caracas (1728-1784) que le pondría límite a la actividad comercial de hacendados y comerciantes cacaoteros que mantenían un lucrativo comercio con la Nueva España. Este control generaría una secuela de movimientos sociales (revueltas, motines y levantamientos) los cuales reaccionaban ante el intento de modificar la estructura económica-fiscal de la provincia.

Si bien la provincia de Venezuela no tuvo la relevancia económica que para España tenía el virreinato de la Nueva España y, por la tanto, no es comparable la crisis fiscal que viviera a finales del siglo XVIII, el costo fiscal por la recaudación de impuestos, las tasaciones, el control de precios que progresivamente se le fueron imponiendo a los hacendados y cosecheros en los productos de exportación como el cacao, especialmente después del establecimiento de la Compañía Guipuzcoana de Caracas, son indicadores que numéricamente pueden medir los cuantiosos beneficios que obtenía España en detrimento de los intereses de los productores venezolanos. Es necesario preguntar y explicar cómo se modificó la estructura fiscal en la provincia de Venezuela después del establecimiento de la Compañía Guipuzcoana y cómo se manifestó, progresivamente, la reacción de descontento de los criollos y sectores medios ante las exigencias imperiales. Conocer con detenimiento ambos elementos contribuirá a establecer comparaciones más precisas entre regiones dispares económicamente, pero sin lugar a dudas afines en lo tocante a una mentalidad de descontento que hará crisis en la primera década del siglo XIX.

Dora Dávila

MUÑOZ, Laura. 2001. *Geopolítica, seguridad nacional y política exterior. México y el Caribe en el siglo XIX*. México: Universidad Michoacana-Instituto José María Luis Mora.

Los estudios acerca de la historia de la política exterior mexicana durante el siglo XIX se han centrado tradicionalmente en el análisis de las relaciones diplomáticas del México independiente con las grandes potencias: con los Estados Unidos, fundamentalmente, y, en menor medida, con las potencias europeas con intereses económicos y geopolíticos en el Caribe y el Golfo de México, como Francia, Gran Bretaña y la ex metrópoli colonial.

La mayoría de estos estudios se han ocupado asimismo de los tres primeros cuartos del siglo XIX, cuando las relaciones de México con las distintas potencias estuvieron mediatizadas por las dificultades experimentadas por el propio proceso de consolidación del estado mexicano -que no comenzaría a estructurarse de manera definitiva hasta el Porfiriato-, dificultades que impidieron, en última instancia, el desarrollo de una política exterior no condicionada por la inestabilidad interna y la dependencia externa.

Ello ha tenido una doble consecuencia que, desde mi punto de vista, ha lastrado los estudios en torno a la política exterior de México durante su primer siglo de existencia independiente:

En primer lugar, una excesiva parcelación cronológica de dichos estudios, que ha impedido el desarrollo de análisis diacrónicos en torno a la historia de la política exterior de México hacia los distintos estados y regiones que constituyeron el centro de interés de la diplomacia mexicana a lo largo de este periodo. Ello ha dificultado, lógicamente, la búsqueda de factores explicativos comunes a las distintas etapas atravesadas por este país a lo largo del siglo XIX, en relación con el proceso de toma de decisiones en materia de política exterior -lo que Ennio Di Nolfo denomina los factores permanentes de una política exterior- que permitieran entender la evolución de dichas relaciones. Todo ello ha ocasionado que, a menudo, nos encontremos con una visión fragmentada de las relaciones de México con el resto del mundo.

En segundo lugar, la mediatización de las relaciones exteriores de México por las dificultades internas del país, durante los tres primeros cuartos del siglo, ha conducido a un cierto número de historiadores a poner en duda la existencia de una verdadera política exterior mexicana de carácter autónomo durante el XIX.

En este sentido, el libro de la Dra. Laura Muñoz, resultado de una exhaustiva investigación doctoral, presenta una doble contribución al ámbito de la Historia de México en el contexto de las Relaciones Internacionales. Por una parte demuestra la existencia de una política exterior mexicana hacia una región, el Caribe, que hasta hace poco tiempo se consideraba prácticamente ajena al interés de la diplomacia mexicana durante los primeros decenios de vida independiente. Por otra, lo hace desde una perspectiva diacrónica, extendiendo su estudio a la totalidad del siglo XIX, lo que permite apreciar los elementos comunes de dicha política a lo largo de esta centuria, así como establecer las distintas etapas atravesadas por la misma en función del cambiante escenario interno y externo.

La obra se articula en cinco capítulos. Los dos primeros, *La geopolítica en la relación entre Estados y la proyección de su interés nacional* y *El espacio caribeño*, revisten un carácter introductorio respecto al verdadero objeto de

la investigación: el estudio de la política exterior de México hacia el Caribe durante el siglo XIX. Este estudio es desarrollado por la autora en los tres capítulos siguientes, los cuales enmarcan las tres grandes etapas que, para la Dra. Muñoz, caracterizaron a la diplomacia mexicana hacia la región Caribe durante el siglo XIX. De este modo, en el tercer capítulo, titulado *El Caribe, bastión de la seguridad mexicana*, se analiza la política exterior de México hacia esta zona desde la independencia hasta el inicio de la Guerra mexicano-norteamericana. En el cuarto, *El Caribe, objetivo de la política exterior*, se estudia el periodo comprendido entre 1848 y 1885. Finalmente en *El Caribe, recurso de la política mexicana frente a Estados Unidos*, se analiza la política caribeña de México hasta la Guerra Hispano-Norteamericana y la subsiguiente consolidación de la hegemonía estadounidense sobre esta región.

En el primer capítulo del libro la autora se adentra en la fundamentación de algunos aspectos teórico-metodológicos de su obra. El concepto de geopolítica en la obra de los teóricos del expansionismo estadounidense del periodo y el análisis de los condicionantes político-geográficos de la política exterior mexicana durante esta etapa sirven a la autora para ilustrar el carácter defensivo de la acción exterior mexicana, que constituye, a su vez, el contexto en el que se desarrollaron las relaciones de México con el Caribe.

El segundo capítulo lleva a cabo un estudio del marco físico de dichas relaciones: el espacio caribeño, considerado, en palabras de la propia autora, como una colección de sociedades heterogéneas a las que, sin embargo, se sobreponen toda una serie de elementos aglutinadores que la Dra. Muñoz describe someramente. Especialmente interesante es el concepto de frontera móvil entre México y el Caribe durante el XIX, donde la autora, reformulando una tesis expuesta anteriormente por el mexicanista español Pedro Pérez Herrero en *Región e Historia en México*, defiende el concepto de frontera no como una línea divisoria de carácter político, sino a partir de la existencia de zonas de influencia y de contacto de carácter cambiante. Lo que probablemente se ajusta más que el concepto tradicional a la especial idiosincrasia de esta región.

Ello hace posible que el libro profundice en la comprensión del cambiante equilibrio de poder en una zona que, en contra de lo que se ha venido sosteniendo hasta la fecha -y en esto coincido plenamente con la autora- se caracterizó durante la totalidad del XIX por la fragilidad de los contrapesos de poder establecidos por las distintas potencias y actores regionales. En este sentido, y haciendo una digresión, creo que habría que replantear el carácter de la subordinación que se ha venido atribuyendo a algunos estados de la región: como la República Dominicana o Haití. Creo que estos actores regionales dispusieron probablemente de un mayor

margen de maniobra del que tradicionalmente se les ha asignado, aprovechando precisamente ese carácter sumamente móvil -y en determinadas coyunturas yo diría incluso volátil- de las zonas de influencia establecidas por las potencias en la región.

Con todo, la parte más interesante de la obra se centra en el análisis de la política exterior mexicana hacia el Caribe durante el XIX. Como mencioné al principio de este análisis, la autora plantea un estudio diacrónico articulado en tres grandes bloques.

En el primero, se estudia la posición de México hacia Cuba durante las primeras décadas de su vida independiente. De este modo, el libro analiza el temprano interés de México por conseguir la neutralización de Cuba en el difícil periodo en que la negativa de Fernando VII a reconocer a las nuevas repúblicas americanas convertía a las colonias antillanas de España en una permanente amenaza contra las mismas.

Las distintas estrategias articuladas por México con este fin son descritas de manera rigurosa por la autora, que no olvida reflejar la inquietud mexicana hacia los proyectos de otros actores de este escenario, como Estados Unidos y la Gran Colombia. En este sentido, la Dra. Muñoz consigue trazar un panorama bastante aproximado, al menos desde mi punto de vista, de las coordenadas, un tanto caóticas, que debieron regir la reordenación del equilibrio de poder en esta región tras la desintegración del viejo imperio español, un tema que, curiosamente, ha sido apenas estudiado en profundidad.

En este marco, habría que preguntarse de nuevo en qué medida los proyectos de México contra el dominio hispano en Cuba respondieron a una verdadera intención de anexionar esta isla o, por el contrario, tuvieron un carácter meramente instrumental, es decir buscaron tan sólo inquietar a España para empujarla a una negociación, sobre todo a través de la mediación británica.

La autora no se limita, no obstante, a presentar un panorama limitado a la relación de México con Cuba, sino que traza el progresivo despliegue de la diplomacia mexicana por el resto del Caribe sobre una base geopolítica: la problemática relación con Francia y, en menor medida, con Gran Bretaña, y la necesidad de estar al tanto de los movimientos de fuerzas militares por la región.

En el segundo capítulo, se analiza el giro experimentado por la política mexicana hacia el Caribe tras la guerra con los Estados Unidos y, en especial, a partir de la amenaza estadounidense sobre Yucatán y Cuba. La inquietud hacia el expansionismo estadounidense en la región, unida a la necesidad de mantener abiertas las vías marítimas de comunicación con Europa,

reorientaron la posición de México hacia la cuestión cubana. En este contexto, la principal preocupación de los sucesivos gobiernos mexicanos en relación con el Caribe fue buscar fórmulas que permitieran mantener el delicado equilibrio de poder existente en este área. Como señala la autora, la creación de una red consular cada vez más importante aumentó además en este momento la información y la capacidad de maniobra de la diplomacia mexicana en la región. Si bien este proceso no se consolidaría realmente hasta las dos últimas décadas del siglo, que constituyen el objeto del último capítulo del libro.

La búsqueda de contrapesos regionales a la presión de los Estados Unidos caracterizaría, según la autora, la política de la diplomacia porfirista entre 1885 y 1898. Esta sugestiva tesis, con la que coincido además plenamente, ayudaría a explicar la ambigüedad de México hacia la crisis cubana de 1895-1898, como se puede deducir de la correspondencia entre el cónsul mexicano en La Habana, Andrés Clemente Vázquez, y el secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, citada oportunamente en la obra, si bien este tema ha sido más desarrollado por la propia autora en otras publicaciones.

El aparato crítico que sustenta las distintas tesis desarrolladas por la autora a lo largo del libro revela la gran familiaridad de la Dra. Muñoz con las fuentes primarias existentes en los archivos mexicanos. La bibliografía citada es asimismo numerosa, si bien, quizá, la única cuestión que se podría reprochar a la autora sea la ausencia de referencias a los numerosos trabajos en torno a la política exterior de México hacia la cuestión cubana, algunos de la propia autora, aparecidos entre 1998 y el 2000, en parte debido al impacto del Centenario en torno a lo que en la historiografía española se conoce como "*el desastre de 1998*".

Ello no empaña, desde luego, el mérito y el gran interés que reviste esta obra para los estudiosos de la política exterior mexicana, en general, y de las relaciones entre México y el Caribe, en particular. El libro tiene además la virtud de abrir el debate en torno a una serie de aspectos polémicos, poco estudiados, de la acción exterior de México. Ello hace que su lectura sea tan sugestiva como interesante.

Agustín Sánchez Andrés

El mitridatismo recuerda a un laberinto borgeano, por ejemplo al afán inconmensurable y ordenador de la *Biblioteca de Babel*: “Se trata –nos dice Francisco Javier Pérez– de amplísimos repertorios, fundamentalmente léxicos, que reúnen centenares de unidades de una lengua en su interconexión con otros centenares de unidades, a su vez, de centenares de lenguas de las geografías más distanciadas” (p. 16).

Como se ve, la suma y cifra de todas las ilusiones de la modernidad sistematizadora. Cual Linneos del idioma, desde que su expansión por el mundo en el del siglo XVI, pero fundamentalmente a partir del XVIII con el “descubrimiento” del sánscrito por William Jones, de la Sociedad Asiática de Calcuta –otro nombre, si se ve bien, de sabor borgeano– los puso en contacto con los más variados lenguajes y culturas, gramáticos y políglotas europeos iniciaron la labor titánica de compendiar y concordar, como soñó Peter Simón Pallas entre 1786 y 87, los vocabularios de todas las lenguas del mundo con los suyos propios: *Linguarum totius orbis vocabularia comapativa, Agustissima, cura collecta*, se llamó el trabajo de Pallas, en el que vertió al ruso y en alfabeto cirílico –trabajaba para la zarina Catalina La Grande– palabras de doscientos idiomas.

Pero esta obra ya era expresión de la relativa madurez en una disciplina que para entonces tenía unos cuantos antecedentes más o menos importantes, como por ejemplo el que le daría precisamente el nombre: *Mitridates: De Differentis linguarum, tum verum, tum quae hodie apud diversas nationes in toto orbo terrarum in usu sunt*, de Conrad Gessner, publicada en 1555, en la que el erudito alemán comparó veintidós lenguas a través de sus respectivas traducciones del *Padre Nuestro*. A partir de ella, “Mitridates” pasaron a llamarse los gigantescos diccionarios –entre ellos hablar de más de veinte volúmenes por estudio era cosa normal– que concordaban varios idiomas, y “mitridatismo” al arte (consideramos mejor hablar de arte que de ciencia en aquellos momentos, donde la pasión se imponía al método) de elaborarlos.

Pero, ¿por qué Mitridates? Por el rey del Ponto, región helenizada al noreste de Anatolia, a orillas del Mar Negro en la actual Turquía, apodado “El Grande”, Mitridates VI, que vivió entre el 132 y el 63 a.C., y quien soñando en ser un nuevo Alejandro Magno –de hecho, era heleno– llegó a convertirse en uno de los mayores dolores de cabeza de la República Romana. Cuatro grandes guerras le generó en los días terribles de sus conflictos civiles, propinándole en las Vísperas de Éfeso (88 a.C.) una de sus matanzas más grandes, de hecho uno de los genocidios más famosos de la historia, cuando



ordenó el asesinato de ochenta mil colonos latinos de todas edades y sexo en Asia: primero Lucio Cornelio Sila y luego Pompeyo se encargarían de la venganza, ensanchando al Imperio Romano hasta las riberas de Mesopotamia. Es, por lo tanto, obvio que en torno a un rey como éste se generaran unas cuantas leyendas. Así, según unas era inmune a los venenos; y según otras poseyó el prodigioso dominio de casi todas las lenguas de su época, por lo que su nombre pasó con el tiempo a ser sinónimo de políglota.

Del mitridatismo en Venezuela es de lo que nos habla Francisco Javier Pérez (Caracas, 1959), investigador adscrito al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas) y dedicado al estudio de la lexicografía y su historia, en el texto que reseñamos. Se trata de una monografía lo suficientemente bien escrita como para dejarse leer de un tirón, que ganó el Premio del Concurso de Ensayo Julio C. Salas en 1999, convocado por la fundación del mismo nombre. En sus primeras páginas traza un breve recorrido por los orígenes del mitridatismo, que en general hemos glosado hasta el momento, y después se centra en la obra del *mitridates* más grande que ha habido en nuestro país, aquél precisamente por el cual el concurso fue convocado: Julio César Salas (Mérida, 1870-1933).

Salas es uno de esos personajes más bien poco conocidos que deparan grandes y agradables sorpresas al ser estudiados. Hijo del clima intelectual de los Andes del entresiglo XIX-XX, en el que la Universidad de Mérida sirvió de eje para la acción de hombres como Tulio Febres Cordero y Américo Briceño Valero, o para el despunte de otros como Mariano Picón-Salas, Mario Briceño-Iragorry y Carracciolo Parra León, Salas se entregó apasionadamente a la investigación. Positivista, tuvo en la antropología el centro de su quehacer intelectual. De ese modo produjo obras ya célebres incluso entonces, como *Civilización y barbarie, estudios sociológicos americanos*, o *Tierra Firme (Venezuela y Colombia)*. *Estudios de Etnología e Historia* y el ineludible *Los Indios Caribes*, que son ya clásicos sobre el tema, y tal vez, junto a los trabajos de Alfredo Jahn, los más sólidos que se hicieron de las culturas prehispánicas venezolanas antes de las primeras promociones de antropólogos profesionales después de 1950. Pero a Francisco Javier Pérez más que estos estudios, le interesa su obra inédita, mucho mayor en volumen y sorprendente en espíritu.

Salas, como señala Pérez, "desarrolló una propuesta histórica y etnográfica desde el ámbito de la lingüística", es decir,

como etnógrafo, los nombres de las cosas le dicen más que las cosas mismas. Como historiador, el cambio de las cosas lo observará a través de las palabras. Como lingüista, palabras y cosas, realidades que cambian con el cambio de las palabras que fijan el rostro de la raza y la historia de los pueblos serán su más claro interés de investigador." (p. 49).

Las palabras y las cosas, *die Woerter und Sachen*, he allí el sentido de sus trabajos: "construye un universo de palabras para construir un universo con palabras" (p. 86). Rescatando en las toponimias y en las reliquias de algunas voces lo que quedaba de las lenguas indígenas de los Andes se dio a la tarea ciclópea —otra cosa no podía corresponder a un mitrídates— de hallar no sólo los orígenes de sus comarcas montañosas, sino los de un todo mayor: "lingüista de montaña, Salas, sin proponérselo abiertamente, irá orientando el trabajo etnográfico hacia un objetivo latente que obliga a estudiar los orígenes americanos para descubrir, a través de las similitudes con otros pueblos, los orígenes andinos, los orígenes de la parcela de una Venezuela etnográfica." (p. 106).

Así emprende la elaboración de su mitrídates, aún inédito: "Lo integran dieciséis volúmenes, más de doscientas mil unidades léxicas, de más de quinientas cinco lenguas indígenas de América que se comparan con seiscientos idiomas de otras partes del mundo" (p. 85). De esto, sólo llegó a publicar en 1924 un folleto correspondiente a la letra A-Ale, bajo el título de *Orígenes Americanos*. La punta del iceberg con la que esperaba despertar la aprobación de los especialistas en los congresos de americanistas de La Haya y Gotenburgo, de 1924 y 28, y acaso apoyo para su publicación. Tal vez acaso logró lo primero —aunque sería interesante encontrar opiniones de contemporáneos europeos—, mas no lo segundo.

Así, por esta única evidencia del folleto, Pérez estudia sus aspectos metalexiconográficos, diccionariológicos y otros tópicos estructurales, que no estamos en condiciones de analizar. Salas pretendía demostrar en la comparación de las lenguas indígenas, y de éstas con otras, el "alma del mundo" (p. 105), la conexión cósmica de todos los hombres: como dice Pérez, deshacer la maldición de Babel, hallar las claves para la unidad de la especie. "Compara, entonces, las palabras de distintas lenguas para orquestar un cuadro de parentescos que logre emparentar, también, a los hombres por medio de las palabras" (p. 116).

Pero acá lo borgeano vuelve a saltar y Pérez lo advierte: el tejar y destejar de la inconmensurable tela de los idiomas terminará ahogándolo, perdiéndolo en un laberinto. "Mitrídates es el laberinto. Quien se propone el dominio de lo indominable lingüístico sabe que quedará, para siempre, atrapado en el laberinto. La imagen de las culturas indígenas americanas en materia de lenguaje será para Salas, recurrentemente, un auténtico dédalo" (p. 118).

El dédalo, el laberinto del afán moderno de la racionalidad ordenadora de un mundo que siempre es más vasto y complejo, y cuyas claves, como en la *Biblioteca de Babel*, siempre terminan teniendo algo de abismo y de azar. Francisco Javier Pérez en su obra avizora y persigue las claves que buscó Salas; vale, pues, la pena leerla. A la suya y la de Salas también, que está en

proceso de reedición, porque ambas, como dice el mismo Pérez en la última línea de su texto, encierran lo único que hace factible la pasión mitridática y acaso toda pasión investigativa: el amor. Sí, el amor por el hombre a través de sus palabras, de su mundo creado. "Paradigmático, se propondrá (Salas) amar a Venezuela por sus palabras".-*Vale*.

Tomás Straka

SCHMIDT-GLINTZER, Helwig. 2001. *Antigua China*. Madrid: Acento editorial.

Escribir un libro sobre la larga historia china es siempre una labor titánica, especialmente si ésta debe recluirse en unas pocas páginas. A esta dificultad debe añadirse aquello que debemos entender por "cultura china", un concepto mediatizado en la historiografía europea, francesa, inglesa y alemana específicamente, con características propias de la sinología decimonónica y del siglo XX, y que, en realidad, es bastante distinto al percibido y vivenciado por los habitantes del inmenso país oriental. Se trata de una visión unitaria que surgió de la simbiosis de diversas culturas regionales y que generó la idea de la tradicional, antigua y ancestral, además de dilatada, historia china. No debemos olvidar que durante mucho tiempo nuestros conocimientos sobre el gran territorio del Lejano Oriente dependían más de una percepción eurocéntrica y occidentalizante que de los reales conocimientos que teníamos sobre su cultura. Pero también desde el interior chino se presentaron dificultades a la hora de materializar objetivamente su larga historia, pues han prevalecido, y lo seguirán haciendo, los intereses estatalizantes de las clases dirigentes, que buscaban priorizar la uniformidad china, aunque valorando también, al mismo tiempo, los elementos propios de las diferentes regiones, a veces muy dispares entre sí.

La arqueología ha empezado a mostrar nuevos hechos y ha intentado descorrer el velo que ocultaba los orígenes prehistóricos autóctonos: desde el hombre de Yuanmou, pasando por las primeras culturas neolíticas septentrionales como Peiligang, hasta las sureñas de Hemudu y Majiabang, que han comenzado a darle resonancia histórica a la región del Yangzi, que había estado a la sombra del río Amarillo como "cuna" histórica tradicional china. El río Huangho, el valle del Wei y las actuales regiones de Hebei, Henan y Shanxi, son, más que el origen de la civilización, los primeros centros rituales y de poder, donde se manifestaron los iniciales indicios de la gran cultura china. Muchas otras regiones, de forma independiente y en

épocas sucesivas, llegarían a aglutinar grandes procesos culturales que sólo muy tardíamente en la historia china acabarían integrando una unidad que se nos puede antojar relativamente débil, aunque de una riqueza difícilmente equiparable: es el caso del Turquestán chino, actual Sinkiang, o el Tíbet.

Como en muchas otras culturas, en China los mitos, ya desde el neolítico, jugaron un papel relevante en su intento de explicar el mundo, y crearon el fundamento sobre el que se iba a apoyar todo el entramado orgánico del poder y de la unificación imperial. El emperador gobernaba una región "bajo el Cielo", tianxia, que se entendía como un centro de civilización ordenado y jerarquizado. El clan real era el eje vertebrador de la idea de territorio estatal, y las instituciones se mantenían sujetas a un ordenado funcionariado, todo ello sancionado con una serie de rituales que garantizaban la seguridad y prosperidad. Este hecho no invalidaba la constante presencia de feudos y sus relaciones dentro del territorio chino, en los cuales llegaría a desarrollarse un patriotismo regional que conduciría a una pretensión de autodefensa muy particular. La centralización estatal, que siempre contó con fuerzas locales en manos de nobles y funcionarios letrados, acabaría generando la concentración de un poder simbólico y ritual bajo el mando del emperador, en tanto que los poderes más reales, sobre todo los territoriales, estaban, en realidad, mucho más divididos entre algunos dirigentes locales. De este modo, la propia legitimación del poder recaía, principalmente, en presagios y actos simbólicos propiamente religiosos.

La tendencia a vislumbrar la historia china desde un ángulo occidental ha llevado a su periodización siguiendo el tan usado y, al tiempo, arbitrario y poco convincente orden de las edades históricas. Bajo criterios amplios, como el desarrollo de las ciudades o la racionalización confucianista de la administración, se ha determinado un período clásico, que correspondería con la prehistoria y antigüedad, y que culminaría a fines del período Han; una época medieval, de gran desarrollo cultural propiciado por el budismo, hasta fines de la dinastía T'ang en el siglo X; un período moderno con dos momentos que abarcaría desde los Song hasta el final del dominio Manchú, y, por fin, otro contemporáneo que englobaría la etapa republicana occidentalista y nacionalista y la China popular. En este sentido, por lo tanto, se han usado conceptos y términos europeos para indicar las propiedades intrínsecas de la historia china, lo que conlleva ciertos riesgos.

A pesar de que parte de la historiografía ha tildado a la cultura china de estática, su dinámica interna ha jugado, a lo largo de su historia, un papel significativo. La tendencia a la unidad nunca ha borrado la existencia y consistencia de las variedades locales y regionales, puesto que, en el fondo, China ha sido, y todavía es, un enorme mosaico multi-étnico. Se trata de una unidad política que se acompaña de otra cultural que ha surgido a partir de

una homogenización de los valores, según la cual el emperador, que dirige el gobierno central, es, a su vez, el hijo del Cielo, dando pie, así, a que la historiografía autóctona haya reflejado cierta prepotente superioridad de la cultura propia frente a las demás: China es el mundo, el Imperio del centro, todo lo que se encuentra bajo el Cielo. Su unidad es particularmente diversa y su variedad interna únicamente ha sido acallada, en cierta medida, por el régimen comunista. La pregunta, sin respuesta todavía, debe referirse al futuro del gran país amarillo, una incógnita que, sin embargo, no debemos aventurar por el momento.

La obra del profesor Schmidt-Glintzer aquí reseñada, ha apostado, en definitiva, por la concisión, sin perder la habilidad narrativa y la claridad expositiva, hecho que, sin duda, se presentaba como un reto de partida muy serio. Su feliz culminación, presentando en poco más de ciento cuarenta páginas la condensada historia del gran país oriental, merece nuestra consideración y atenta lectura, labor que ni siquiera el costo de la edición puede o debe impedir.

Julio López

SOUTO MANTECÓN, Matilde. 2001. *Mar abierto. La política y el comercio del consulado de Veracruz en el ocaso del sistema imperial*. México: El Colegio de México, Instituto Mora.

En varios sentidos, *Mar Abierto* constituye una aportación a la historiografía mexicanista que se ha dedicado al estudio de las últimas décadas del periodo virreinal. A lo largo del trabajo, la autora plantea y resuelve una serie de interrogantes que permiten precisar y matizar el conocimiento sobre el carácter del comercio libre borbónico, sobre el desenvolvimiento de una corporación mercantil, su peso económico y su comportamiento político. De esta manera, el libro de Matilde Souto se une y enriquece a la literatura existente sobre los cambios económicos de la segunda mitad del siglo XVIII, marcados por la política de reformas, pero también por una serie de conflictos internacionales que en varias ocasiones hicieron inoperantes las nuevas reglamentaciones u obligaron a adaptarlas a las circunstancias de guerra que implicaban interrupciones en las comunicaciones transatlánticas y pérdidas económicas a causa del floreciente contrabando y corso. A los trabajos sobre el comercio libre y su variante, el comercio neutral, (especialmente a los de John Fisher) *Mar Abierto* añade el conocimiento preciso sobre las repercusiones de esta modalidad de intercambio en uno de los principales puertos americanos, así como sobre el aprovechamiento de las nuevas

circunstancias por los comerciantes agrupados en el Consulado de Veracruz. La obra enriquece también la literatura que se ha producido en la última década sobre otras corporaciones mercantiles de la Nueva España, de la que debemos mencionar los trabajos de Guillermina del Valle y Antonio Ibarra. Con respecto a lo escrito sobre el comercio exterior de Veracruz y su elite mercantil, el libro de Matilde Souto se distingue de los trabajos de Javier Ortíz de la Tabla o de Jackie R. Booker, por la incorporación de fuentes no exploradas, como el ramo de alcabalas, por poner el acento en aspectos distintos y ahondar en otros que en los estudios mencionados sólo conocen un tratamiento general. Finalmente, resulta importante destacar la relevancia del texto para la historiografía que se ha ocupado del “ocaso del sistema imperial”, de este momento de transición del antiguo régimen a la república, en el que afloraban divergencias entre intereses corporativos e individuales. Éstos encuentran expresión en numerosos documentos, que la autora analiza con maestría y agudeza. Conceptos como el bien común o la nación son ubicados en el contexto de la España imperial en sus años de declive, cuando las elites americanas reivindicaban la aplicación de estas nociones para sus respectivos espacios regionales, por encima de su tradicional equiparación con los beneficios del monarca.

Matilde Souto desarrolla y documenta los planteamientos centrales de su obra a lo largo de siete capítulos de los que me gustaría comentar algunos aspectos. En el primero se traza el contexto amplio de los sistemas de comercio que crearon las diferentes potencias europeas en el ámbito del Atlántico, desde el siglo XVI a inicios del XIX. En una perspectiva comparada se abordan sus elementos distintivos, así como sus diferentes formas y motivos de apertura en la segunda mitad del siglo XVIII. Con respecto al sistema comercial de España, la autora subraya la aparición de nuevos flujos de comercio que rompieron con los monopolios de Cádiz, Lima y México y permitieron el ascenso de nuevos grupos de mercaderes. En este contexto, se concede importancia al abasto de las plazas militares del Caribe en el que estaban interesados varios de los miembros de la corporación mercantil del puerto. Enmarcados en la coyuntura internacional se caracterizan también los nuevos consulados, creados en la península y en Hispanoamérica en las últimas dos décadas del siglo XVIII.

En los siguientes capítulos se aborda el Consulado porteño desde dos perspectivas. Por un lado son analizadas con detenimiento las vicisitudes de su establecimiento, sus funciones como promotor de transformaciones urbanas de la ciudad-puerto y como generador y difusor de información económica, pero también las posiciones que asumía como institución frente a estrategias mercantiles y fiscales implementadas por la Corona. Por el otro lado, son investigados los miembros de la corporación, con sus intereses

particulares, sus nexos con el exterior y con otros comerciantes que no formaban parte de la corporación, su origen —peninsular o novohispano, entre otros aspectos.

Especial interés reviste el capítulo IV, por el excelente análisis de información seriada, generada —en cuanto a las primeras dos fuentes— por el propio consulado: las balanzas, los registros del cobro de avería y los documentos originales de barcos. Un conjunto importante de gráficas y cuadros acompaña esta parte y permite apreciar la información de manera visual. Lo novedoso del análisis de la información económica mencionada es su enfoque americano, diferenciando al trabajo de los ya existentes que habían privilegiado una visión peninsular. También es importante mencionar el uso de fuentes de archivo que no se habían estudiado para este tema, como es el ramo de alcabalas que contiene de manera dispersa los dos últimos grupos documentales indicados arriba, los cuales, a su vez, le permitieron a la autora llegar a resultados nuevos.

En los capítulos V y VI se analizan las dos formas de comerciar con el exterior que coexistían en la última etapa colonial, una regular, apegada a las reglas de 1778 y su ampliación para la Nueva España en 1789 y otra irregular, que se dio en varias etapas: en el marco del llamado comercio neutral, en un primer momento, y posteriormente regida por tratos individuales con extranjeros y nacionales. Se estudian las muestras de oposición que en repetidas ocasiones manifestó el Consulado como corporación frente al comercio irregular, calificándolo de “disfraz para el contrabando manejado por Inglaterra”. Pero, al mismo tiempo, se demuestra que el comercio con los extranjeros beneficiaba a algunos de sus miembros más destacados. Esta ambivalencia política, sostiene Matilde Souto, llevó a la discordia y a la escisión en dos partidos dentro de la corporación: uno que defendía el comercio con extranjeros y otro que veía la actividad mercantil del puerto como coto de los españoles. La oposición a la apertura comercial se puede entender en última instancia como una estrategia de defensa cuyo fin era mantener el papel de Veracruz como puerto redistribuidor de mercancías, una posición que estaba perdiendo desde fines de los años noventa con la práctica del comercio neutral y la creciente apertura del puerto de La Habana.

El libro cierra con un capítulo en el que se analiza la actuación política del Consulado y de varios de sus integrantes durante la crisis de 1808, los años de guerra, los dos episodios liberales del antiguo orden, y los primeros años de la vida independiente del país. Durante los años coloniales predominaba la presencia política de la corporación que disputaba el cobro de impuestos y el control territorial con el Consulado de México o se enfrentaba a disposiciones reales en materia comercial, cuando sus intereses se veían afectados. Formaba y deshacía alianzas según sus conveniencias políticas,



constituyendo un actor político de peso en el orden establecido. Conforme éste se desintegraba, crecía en importancia la participación política individual de los comerciantes del Consulado, colocándose algunos de ellos en posiciones políticas decisivas, no sólo a nivel regional sino aun nacional.

En resumen, pienso que *Mar Abierto* tiene muchos atractivos. Está el análisis en dos planos, el económico y el político, de la corporación porteña que me parece ser muy bien logrado; otra virtud del texto es la riqueza de la documentación, trabajada con rigor y presentada a través de cuadros, gráficas, anexos y el amplio y detallado glosario de comerciantes veracruzanos que contiene los datos biográficos de éstos, especifica sus actividades mercantiles y puestos ocupados en la corporación. Como último elemento, y no el menos importante, porque hace la lectura del texto sumamente grata, quisiera mencionar su espléndida redacción, cuyo rasgo distintivo me parece la feliz combinación entre el análisis científico y la vivacidad el relato.

Johanna von Grafenstein

STRAKA, Tomás. 2000. *La voz de los vencidos. Ideas del partido realista de Caracas*. Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado, UCV.

Hasta ahora, con algunas excepciones, la mayoría de los científicos escribieron la historia de la Independencia desde el punto de vista de los patriotas. Los vencidos aparecen en la historia sólo como la contraparte de los triunfadores, sin tomar en cuenta sus ideas, motivaciones y discursos. Durante varios años, el joven historiador Straka investigó cuidadosamente un gran número de documentos y publicaciones casi escondidos en archivos y bibliotecas, para estudiar la historia de la época de la Independencia desde el punto de vista de la otra banda. Los realistas no eran solamente unos cuantos españoles que vivían en la Venezuela colonial, sino también criollos educados y adinerados, que mantuvieron su lealtad hacia el rey de España. Straka afirma con razón que algunos de los grandes patriotas sólo se adjuntaron a Bolívar después de haber luchado en la otra banda, además muchos campesinos y miembros de las clases bajas cambiaron a menudo su adhesión, pensando solamente en sus propias ventajas económicas y sociales. Al principio, la lucha para la Independencia sólo tuvo lugar en la Provincia de Caracas, mientras que Coro y Maracaibo mantuvieron su lealtad hacia la corona española. Al principio se trataba de dos ideologías opuestas que se estaban enfrentando en la lucha para la Independencia. Straka

demuestra cómo los patriotas lograron poco a poco inculcar el patriotismo entre las masas ignorantes, para triunfar. El libro pretende dejar oír la voz de los vencidos y así escribir la "historia de la otra mitad". Indudablemente provocará una ardua discusión, especialmente en la actualidad, cuando la ideología del bolivarianismo se hace notar en todos los aspectos de la política chavista.

Angelina Pollak-Eltz

STRAUSS K., Rafael. 1999. *Diccionario de cultura popular*. Caracas: Fundación Bigott. (2 vols.)

De manera cada vez más regular, academias, universidades, fundaciones culturales y estudiosos mismos comienzan a ser parte activa en la producción de diccionarios en nuestro país. El interés por este tipo de obras ha ido en aumento durante las últimas décadas, no sólo en los ámbitos relativos a la descripción puramente lingüística, sino también en los de la lexicografía técnica venezolana que puede exhibir, hoy, un repertorio con centenares de títulos, con alcances diversos, claro está.

Precisamente, es a este último campo del trabajo lexicográfico al que ha venido a sumarse una modalidad que tiene por meta compendiar y reunir el saber enciclopédico de una disciplina y ofrecerlo tanto al usuario común como al especializado. Se trata de obras de largo aliento que ponen a prueba la validez de un método de investigación lexicográfica en cada área particular del conocimiento y, sobre todo, de los requerimientos para el funcionamiento de un trabajo de investigación en equipo, raro en nuestros círculos intelectuales, académicos o científicos. En otro orden de consideración, han dotado a la cultura nacional y a los interesados por ella de inestimables instrumentos para abordar el estudio de algunos renglones muy sustantivos para la comprensión de procesos de pensamiento y de creación estética o científica. Asimismo, se erigen en registros completos, al menos en la medida de los tiempos que nos desgastan, para entender la magnitud y complejidad de la actividad en cada una de las disciplinas que es motivo de la descripción. Muy acertadamente, también, ponen a funcionar las delicias de la técnica lexicográfica (= sistemática de ordenación y explicación léxica) en relación con el saber cabal de un sector de la inteligencia, la ciencia, la estética, la historia, la sociedad y la sensibilidad en nuestro país.

Pues bien, todas estas notas han sido motivadas por la obra que hoy queremos estudiar desde el ángulo, agudo y detallista, del especialista en

diccionarios, dejando para otros estudiosos la consideración de la materia conceptual que debería constituir, sin duda, el eje inicial del análisis. Nuestra consideración, sin embargo, no puede deslastrarse plenamente de esta materia y, por lo tanto, será abordada como parte central de la estructura macro de esta importante obra.

En este sentido, nos encontramos frente a una obra de descollantes cualidades. Por una parte, la dimensión de la empresa que describe con impronta totalizadora las áreas determinantes de la cultura popular venezolana: conceptos, movimientos, épocas históricas, escuelas, festividades, etnología, representantes, cultores, creadores, obras, logros, grupos y estudiosos. Por otra, ofrecer de cada uno de estos tópicos de descripción una cabal, ajustada y crítica visión que privilegia los aportes y los alcances con el equilibrio necesario para hacer de los afectos y de los intereses, al que el estudioso no puede sustraerse del todo, campo de control y terreno medido. En otras palabras, no encontraremos en la obra de Rafael Strauss, antropólogo egresado de las aulas de la Universidad Nacional Autónoma de México, otrora investigador en el Museo Antropológico de la Ciudad de México y actualmente, y desde hace décadas, profesor de etnohistoria en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela y, además, autor del clásico libro *El tiempo prehispánico de Venezuela* (1992); —digo—, no encontraremos en esta obra juicios valorativos desmesurados, para satisfacción o desgracia de los interfectos, sino, al contrario, la posición sobria y digna en la que debe moverse cualquier obra de este estilo, a la que no se le pide tomar posiciones. Claro está que la impronta ideológica de toda producción humana justifica espacios y silencios, énfasis y olvidos. Este, sin embargo, es otro tema.

La técnica de este diccionario se vincula a la de los grandes repertorios y se desmembra en dos procesos que se manifiestan en una *macroestructura*, como estructura general de la obra y explicación de los mecanismos de su sistema; y una *microestructura*, entendida como estructura de los artículos y explicación, también, de los mecanismos internos de su sistemática descriptiva. Se impone observarlos más de cerca.

La macroestructura del *Diccionario de cultura popular* está compuesta por dos apartados introductorios: uno que, con el título de "Presentación", firma Cristian Beyer en su carácter de presidente de la fundación patrocinante de la obra; y otro, titulado "Introducción", obra del autor del diccionario, y que resulta una pieza ensayística de carácter retrospectivo con visos autobiográficos que, no sólo rememora el origen de una vocación por el tema y de una dedicación de estudioso, sino que ilustra las etapas de elaboración de la obra y sus asideros metodológicos (a nuestros efectos, interesan sobremanera los apartados: "De la estructura de este Diccionario, sus

secciones y cómo utilizarlas” y “De cómo se hizo este Diccionario y de las personas que colaboraron en él”). Seguidamente, el extenso corpus alfabético que se articula a lo largo de los dos volúmenes (I: a-p; II: q-z). Completan la estructura general una sección de apéndices fraccionada en tres partes: “Eventos y noticias”, “Fuentes” e “Índice temático”.

En cuanto al tipo de unidades que la macroestructura se propone describir encontramos un espectro de variada gama. Una tipología general llamaría la atención sobre algunos de ellos: 1) cultores populares; 2) grupos; 3) tópicos de folklore generales y venezolanos (fiestas, bailes, tradiciones, juegos, ritmos, música, pintura, poesía, alimentación, etc.); 4) eventos; y 5) textos literarios y musicales.

La diversidad de temas a explicar y su complejidad quedan exploradas gracias a un diseño microestructural de probada efectividad. En este sentido, la estructura de los artículos agota, suficientemente, los siguientes elementos: 1) lema, en mayúsculas negritas; 2) definición, en su mayoría construida en inspiración a la ensayada en los diccionarios de lengua, es decir, teniendo en cuenta, con bastante regularidad, la posibilidad sustitutiva entre ella y el lema (si éste es un sustantivo la definición deberá estructurarse a partir de un sustantivo, si el lema es un adjetivo la definición se estructurará a partir de un adjetivo y así sucesivamente con las restantes categorías gramaticales). Sin embargo, la tónica tipológica de las definiciones es la correspondiente a la de la enciclopedia, ya que permite los más amplios y flexibles desarrollos redaccionales; y 3) en los casos requeridos, fuentes, tipográficamente en cuerpo menor.

Ilustremos, la estructura de los artículos, copiando el correspondiente a la voz *El escondido*:

**ESCONDIDO, EL**

Juego que tiene la predilección de chicos y grandes. Solamente se requiere un rincón, una zanja, una empalizada, una mesa, silla, cualquier sitio o cosa capaz de esconder un cuerpo o soslayarlo a la mirada o búsqueda de los otros jugadores. No hay niño o joven que no lo juegue. Utilizando varios métodos se selecciona al jugador que <<va a contar>> y se escoge un sitio desde el cual al contador se le facilite la visión del terreno, pero que a su vez sea de fácil acceso para que los jugadores lleguen a él antes de que el contador los cuente, es decir, diga Un, Dos, Tres, (dice el nombre), que está en (dice el sitio). Cuando no atina y se trata de otro jugador diferente a quien ha mencionado, se le grita <<tanteo>> y este jugador <<sale librado>>. Es común que los escondidos se cambien prendas de vestir visibles, como camisas, para que contador se equivoque en su registro de agarrados. Si todos los escondidos se libran quien contó vuelve a hacerlo; si no, se escoge a otro o al último que haya sido descubierto.

**FUENTE:** ROSALES, Rafael M., “Los juegos populares en el estado Táchira”, *Archivos Venezolanos de Folklore*, Año I, N° 2, julio-diciembre 1952, UCV, Caracas, p. 399.

Por razones de interés particular, quisiera destacar que uno de los artículos mejor logrados y que refleja la pulcritud de la investigación que el

profesor Strauss y su equipo han realizado, es el correspondiente a los *Venezolanismos*. Podemos encontrar una documentada síntesis de lo que ha sido el origen y desarrollo de los estudios sobre el léxico venezolano desde los tiempos fundadores hasta el presente, logrado a través del recuento de los textos y estudios canónicos, con especial subrayado en los que se han ocupado de la materia folklórica. Interesante, en este caso, el seguimiento del decurso de las fuentes lexicográficas y lexicológicas como seguimiento de las voces que se asentaron popularmente en el folklore lingüístico venezolano. El énfasis, entonces, no recae en las obras mismas como tales, sino en las voces que éstas divulgaron y explicaron: alboroto, bululú, canapial, chulo, culipandera, cursi, guá, majunche, mapuritear, muérgano, peladera y pepazo, junto a una selecta parentela de unidades fraseológicas, expresiones y gentilicios.

Este recorrido por la técnica de este diccionario no puede desestimar la referencia al uso de la remisión y, en especial, al apoyo fotográfico como partes sustantivas de su técnica descriptiva. La remisión como mecanismo para enviar de una voz a otra es puesto en práctica en caso de artículos subsidiarios de otros que la macroestructura considera centrales y que funcionan como registros de toda la información. Un ejemplo sería el de la unidad *Seis corrido* que remite al usuario a la voz *Corrido*, en donde se compendia la información requerida. A otro orden, corresponde el rico y didáctico cuerpo fotográfico que se intercala en el corpus a modo de episodios gráficos. No busca ilustrar la totalidad de las entradas, sino sólo las que por su propia naturaleza (fiestas, instrumentos, objetos, gastronomía) así lo requieran. En cualquier caso, es un complemento de primer rango en una edición tan hermosa y bien cuidada.

El análisis anterior no hace sino obligarnos a resaltar que este diccionario significa la primera ordenación de esta materia que se hace en Venezuela por medio de una técnica de referencia. La investigación diccionariológica de Strauss reafirma la necesidad de investir con rango académico a la especialidad en cuestión, tradicionalmente tan cuestionada en los círculos académicos de estudio y ausente en los ámbitos de la investigación que se escribe —pedantemente—, con letras mayúsculas.

Trabajo bien confeccionado, significa un resquicio para inmiscuirnos en el recinto, paradójicamente nada esclarecido, de lo que significamos como cultura raigal y auténtica. Repertorio de un léxico que debe estar presente cada vez más en nuestra conciencia científica y en nuestros análisis de lo que significamos como pueblo, el *Diccionario de cultura popular* de Strauss resulta manifestación fundadora de una tipología no practicada en la historia de los diccionarios venezolanos. En último caso, mérito indiscutible de esta obra es la vocación de acercarnos a aquello que nos hace distintos en el

terreno de la vida venezolana. Resulta, entonces, aliada para el conocimiento de nuestra cultura popular, para el de nuestra sensibilidad académica más genuina y para el de la comprensión inadvertida de Venezuela.

Francisco Javier Pérez

VISO, Angel Bernardo. 2001. *Las revoluciones terribles*. Caracas: Grijalbo.

## INTRODUCCIÓN

La amplia erudición, el rigor intelectual y la agudeza, van acompañados en este libro por lo que podríamos llamar una meditación de conciencia sobre los orígenes de nuestra República y más aún sobre el presente y futuro de ella. Porque en definitiva su trabajo de nueva comprensión de la Revolución Francesa es casi un pretexto para el esfuerzo intelectual de entender nuestra Independencia, nuestra historia republicana y sobre todo lo que desde el original Gobierno actual se está buscando a tientas.

El autor divide las revoluciones en "*moderadas*" o "*razonables*" como la Inglesa y la Norteamericana y "*terribles*", como la Francesa y las hispanoamericanas que la siguen. Esto de ubicar el actual proceso venezolano entre las revoluciones terribles no es una conjetura mía sobre la idea del autor sino que él titula su prefacio a esta segunda edición del año 2000 "El Curso de la Revolución Terrible" en alusión directa al Gobierno que se había iniciado un año antes en Venezuela. En él sin equívocos se refiere *al movimiento revolucionario iniciado en Venezuela el pasado año (1999) desde la cima del poder. El autor sin embargo, como muchos venezolanos se debate interiormente entre la sensación de que estoy ante un fenómeno anacrónico, de ocurrencia improbable y por tanto destinado a ser fugaz; y la convicción contraria, de que presencio un tipo de gobierno, o más bien de gobernante [...] con una clara vocación al despotismo, tal como lo concibe Montesquieu, y a la tiranía, en el sentido de la filosofía clásica...* (Prefacio III).

Esta afirmación se basa en la convicción del autor de que la Constitución actual, una vez aprobada, no tiene consistencia y vigencia propia e independiente del Ejecutivo, sino que sus promotores *hicieron desde el comienzo la reserva mental correspondiente, y creen tener el derecho (y la fuerza) de aplicarla o de no aplicarla, lo mismo que todas las leyes, según las circunstancias* (VIII).

## I. ¿TERRIBLES O MODERADAS?

Para entender la argumentación del autor debemos partir de su distinción entre las revoluciones *moderadas* y las *terribles*. El arquetipo de las revoluciones moderadas estaría en la antigua Roma y la revolución inglesa del siglo XVII como el nacimiento de Estados Unidos de América serían dos ejemplos de ella. Mientras que las repúblicas hispanoamericanas habrían nacido con revoluciones terribles.

Citando a García Pelayo, el autor considera que las revoluciones nacidas en la época del racionalismo se justifican por la irracionalidad del régimen precedente y se legitiman por la racionalidad del nuevo, mientras que las revoluciones inglesas (algo anteriores) *se legitiman y justifican al modo tradicional, por su intención de restaurar un antiguo orden, quebrantado por el monarca y sus colaboradores* (p.25) Estas resultan moderadas o limitadas, porque no imponen una ruptura radical con el pasado y usan la violencia de modo limitado y establecen un equilibrio político duradero, con la supremacía del parlamento, limitada por los derechos naturales de los individuos (p.25) Este modelo de revolución moderada se aplica a EE.UU, por eso la construcción del nuevo régimen descansa sobre la herencia del pasado y las tradiciones (p.28).

A ello se contrapone lo ocurrido en la Revolución Francesa y en la Hispanoamericana. Entre los colonos norteamericanos, escribe Viso *nunca predomina la voluntad de ruptura total con la cultura inglesa, al contrario de lo ocurrido en Hispanoamérica, donde en cambio la aristocracia promotora de la Revolución decide ejecutar al padre español* (pp.32 y 33).

Después de la toma del poder revolucionario viene la construcción de las nuevas realidades: en las revoluciones moderadas los elementos constructivos están ahí heredados y basta con ordenarlos de otro modo. En las revoluciones terribles, por el contrario, se repudia de tal manera todo lo que es la realidad heredada y constitutiva, que debe ser sustituida por ideas. Ideas que arrastran y suplantán la realidad, toman consistencia en sí mismas como mitos y se convierten en instrumentos ideológicos que ocultan la realidad. *Así es pueblo quien, apoderándose del discurso revolucionario habla 'como si fuera pueblo', o como si tuviese su representación simbólica* (pp.89 y 90).

## II. RELECTURA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

El primer ejemplo sería la Revolución Francesa cargada de despotismo en nombre de la libertad, donde la ideología absolutizada y las armas impiden la realización de las metas racionales y posibles de los cambios.

La relectura de la Revolución Francesa y de Rousseau la hace Viso de la mano del recientemente revalorizado Agustín Cochín, historiador francés



muerto en 1916, y su interpretación de la *voluntad general*. La afirmación principal de Cochin es:

... la voluntad general de Rousseau no tiene nada de común con la voluntad de la mayoría. No es una realidad actual, tangible, de orden histórico y político, es una idealímite, una noción de valor religioso; y la sola manera de definirla es aplicarle las fórmulas utilizadas por los teólogos para definir la acción de la gracia y las relaciones del hombre con Dios (Citado p. 99).

En esto no coincide la voluntad de la mayoría con la voluntad general y en la superioridad de ésta sobre la otra está la fuente del fracaso de las revoluciones terribles. Además la voluntad general separada de las voluntades concretas se convierte en instrumento ideológico de quien se atribuya encarnarla. Rousseau decía que la mayoría de votos puede falsamente aprobar leyes inicuas que afirman el interés particular frente a la voluntad general.

Si a esto añadimos que previamente Dios ha sido instrumentalizado en la Revolución Francesa, sea en una religión meramente civil o en una religiosa pero subordinada a la ideología, todo queda en manos del intérprete que en definitiva será el dictador moral.

Viso aporta a toda esta reflexión y analiza una idea aguda de Camus

... la noción de un Dios personal, creador y por tanto responsable de todas las cosas, es la única que da sentido a la protesta humana. Se puede decir también, sin paradoja alguna, que la historia de la rebelión es, en el mundo occidental, inseparable de la historia del cristianismo (Camus, A. *L'homme révolté*. Citado p. 17).

Cuando los derechos humanos individuales pierden su valor absoluto enraizado en Dios, se abre el paso a las revoluciones laicas con pretensión de haber escuchado la voz del Dios mundano o la voz del Pueblo, que termina devorando a sus supuestos beneficiarios y también a sus protagonistas. Despoja a Dios de los atributos y los proyecta en el Pueblo y en definitiva en el intérprete auténtico o conductor del Pueblo que interpreta la libertad de éste, a pesar del pueblo real. Habrá que *imponerle la libertad por la fuerza*, si es necesario, decía Rousseau.

Por eso la Revolución de 1798 es inestable, pues ni la Convención, ni ningún órgano constitucionalmente elegido, y ni siquiera la Comuna, ni el Comité de Salud Pública, representarán al Pueblo (p.101). Michelet escribe que *mientras Saint Just encontraba a Francia más alejada de su ideal de República, más la juzgaba incapaz de gobernarse a sí misma y más se aferraba a la idea de un dictador moral: un sólo hombre era capaz de ese papel, y era Robespierre* (Citado p. 103).

De ahí se sigue que *toda revolución terrible, ayer y hoy, termine en dictadura, en lugar de abrir un espacio para la libertad, cuando quien diga encarnar al Pueblo con la palabra esgrima también una espada para hacerse obedecer* (p. 101). Este es el desvarío revolucionario cuando una persona cree encarnar la voluntad general. Es ese individuo quien —de buena o mala fe— puede decir que el pueblo real está corrompido, ciego... y sólo él, el elegido, escucha, sigue, representa y defiende la voluntad general. Defiende al Pueblo, incluso frente a la incomprensión y voluntad ciega del propio pueblo.

De esta manera Lenin primero y luego Stalin serán el logos del nuevo mundo soviético y el partido como vanguardia lúcida del proletariado tendrá la capacidad de la auténtica interpretación de los intereses de los trabajadores; con frecuencia, a pesar de la opinión y sentir de ellos mismos. Lo mismo ocurre con el fascismo y con el nazismo que encarnan el *Volksgeist* y la *Volontá obiettiva*. Ese espíritu del pueblo vive en pequeños grupos iluminados y especialmente en el *Führer* (p. 104).

Así la razón imaginaria sustituye la realidad y de ahí derivan el terror, las dictaduras ideologizadas y las fantasías idealizadas junto con sus mitos y máscaras racionales para justificar desvaríos revolucionarios.

### III. DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA A LAS HISPANOAMERICANAS

Entre esta Revolución Francesa y sus hijas las hispanoamericanas que se inspiran en ella, hay según el autor algunas diferencias significativas. El proceso de preparación de aquella sería más largo, mientras que en Hispanoamérica irrumpe de forma más repentina y *en sociedades no consolidadas*. Por eso la idea de autonomía e independencia se *convierte de inmediato en violencia* (p.134) Por sociedades no consolidadas se entiende que el mestizaje —rasgo especial hispano que intentó incluir en la misma sociedad a colonizadores y colonizados (en un esfuerzo cristiano por superar la violencia de la Conquista)—, no había madurado todavía como para ser el sujeto constructor de la nueva realidad. La Corona en la segunda mitad del siglo XVIII apoyaba sus avances e integración en la cultura hispana, pero no los mantuanos. Mientras los pardos luchaban contra las barreras, los aristócratas criollos las afianzaban, pues se sentían dueños de América por derecho de fundación. La dirigencia aristocrática, al no tener al pueblo de carne y hueso se apodera del Pueblo a la manera de la voluntad general de Rousseau. Por eso Viso considera que la Independencia fue prematura y de ella resulta un plan de dominación pensado y ejecutado por la aristocracia, sin interés en promover un espacio interior para la libertad, y sin la dinámica burguesa necesaria para ello (p.144).

En esto hay diversas modalidades en contextos revolucionarios o no. El despotismo ilustrado pretende suplir las insuficiencias del pueblo para actuar desde el poder haciendo "todo por el pueblo pero sin el pueblo". Pero también las tareas revolucionarias desproporcionadas o imposibles caen en iluminismos o en moralismos protectores que asumen la tutoría del pueblo hasta que él sea mayor de edad.

Cuando la Segunda República de Venezuela sufrió la más espantosa derrota en manos de Boves a fines de 1814, Bolívar asume la abrumadora derrota en el Manifiesto de Carúpano donde define la tarea emancipadora como "el establecimiento de la libertad en un país de esclavos" por eso resulta "una obra tan imposible de ejecutar súbitamente, que está fuera del alcance de todo poder humano, por manera que nuestra excusa de no haber obtenido lo que hemos deseado, es inherente a la causa que seguimos..." (Citado p.117)

Luego en el *Discurso de Angostura* cuando va trazando las condiciones de posibilidad para la República, acude al centralismo, al Ejecutivo fuerte y casi monárquico, a senadores hereditarios superiores que como poder moral suplan las carencias de un pueblo incapaz de vivir en libertad, por falta de educación.

Si el orden nuevo no puede sustentarse en la realidad de la mayoría de la población, termina, en el mejor de los casos, en una aristocracia benévola que a su vez se alía al militarismo por miedo a la anarquía o a la "pardocracia". El problema es quién garantiza la moral de este poder moral o la moral y subordinación a la ley y al bien común de una minoría armada.

Ante la imposibilidad de construir las nuevas realidades soñadas, cobra fuerza el papel de la ideología como manipulación y ocultamiento. Primero la ideología y las "máscaras", derivadas de las grandes banderas de la Revolución Francesa y luego el "culto a Bolívar" como ideología que exige devotos y pasivos seguidores. La manera como se manipula el culto a Bolívar, medio siglo después de su muerte, hace lo que es propio del culto e impropio de la construcción ciudadana. Este culto es *utilizado como medio de dominación de las clases inferiores* (p. 155) y, junto con el caudillismo, impidió el avance del progreso real en Venezuela.

Los factores de progreso fueron sustituidos por la ideología manipuladora y por las armas como medio ilusorio para conquistar el bienestar anhelado.

De ahí la falta de progreso material en Venezuela y otros países hispanoamericanos durante el siglo pasado, y la perpetuación del latifundio, pues el esfuerzo por "congelar" la situación social agota los esfuerzos de la nueva clase dominante, quien nunca ha querido establecer un pleno Estado de Derecho. Al escoger dicha clase el camino del populismo y la manipulación ideológica permanente, se adhiere a un estado de

subdesarrollo social [...] Otra historia hubiese ocurrido entre nosotros si, como afirma Carrera Damas, el ethos burgués hubiese triunfado, pues se habría vivido la experiencia del Estado liberal, sometido realmente a la práctica y no sólo a la letra de la Constitución, y abierto al progreso material, con sus ventajas e inconvenientes (p. 156).

#### IV ¿CÓMO SALIR DE LAS ILUSIONES REVOLUCIONARIAS?

Viso luego de hacer un examen acucioso llega al final a plantearse un resumen cuya afirmación principal dice "es preciso ahondar en todos los temas discutidos"(p. 171) "en especial para confirmar la tesis de la existencia de una duplicidad estructural del discurso revolucionario". Es decir él entiende que está reabriendo una discusión, no sólo para entender nuestra historia en los orígenes republicanos, sino sobre todo el actual proceso. Seguramente el Gobierno actual si fuera revolucionario caería en las revoluciones terribles, pero como hasta ahora sólo ha sido verbal, no perdemos la esperanza de que sus protagonistas, a pesar de sus sueños, se vean obligados a construir con los materiales reales que tenemos disponibles de nuestra historia, sobre todo de lo bueno que se ha producido en los últimos 70 años y así lo exija una sociedad despierta y activa.

La necesaria sustitución con ideología de los cambios imaginarios por los cambios reales que hacen próspero a un pueblo, nos lleva a la necesidad de ahondar más de lo que se ha hecho hasta en los aspectos culturales,

pues si alguna moraleja puede desprenderse de la lectura de este libro —que no pasa de ser una larga introducción al tema de nuestra Revolución terrible— es que el mundo de los símbolos y el de las máscaras es una realidad superior a la de los índices de producción, y de cualquier tipo de riquezas materiales, entre otras razones porque hablan a la imaginación y a la ilusión; siendo así que las causas de casi todos nuestros achaques son predominantemente espirituales, y no sólo problemas de economía y de libertad de mercado (p. 172).

Así el autor inteligentemente nos invita a una nueva y original tarea nacional de sincerar nuestras máscaras y buscar en nuestra realidad, nuestras raíces espirituales y culturales y en la dignidad y creatividad de nuestra población, lo que no se ha podido hacer con ideologías populistas, alienantes y manipuladoras.

Luis Ugalde